

LA CAMISA DE ISAAC

Jaime Jurado A.



LA CAMISA

DE ISAAC

Jaime Jurado A.



**Ministra de las Culturas, las Artes
y los Saberes**

Yannai Kadamani Fonrodoná

**Viceministra de los Patrimonios,
las Memorias y la Gobernanza Cultural**

Saia Vergara Jaime

**Viceministro de las Artes
y la Economía Cultural y Creativa (e)**

Fabián Sánchez Molina

Secretaría general

Luisa Fernanda Trujillo Bernal

Director de Poblaciones

David Camilo Castiblanco

**Grupo Interno de Trabajo Soluciones
Amistosas y Cumplimiento de
Recomendaciones de la Agencia Nacional
de Defensa Jurídica del Estado**

Colectivo de Abogados y Abogadas José

Alvear Restrepo (CAJAR)

Representantes de las víctimas

**Jefe de la Oficina Asesora
de Comunicaciones**

Óscar Javier Cuenca Medina

Grupo MiCASA

Sergio Zapata León

María Lucía Ovalle Pérez

Dilian Querubín González

Simón Uprimny Añez

María José Castillo Ortega

Paola Caballero Daza

Andrés Ramírez Muriel

Gestión administrativa

Vannessa Holguín Mogollón

Asesoría legal

Yivy Katherine Gómez Pardo

Primera edición: noviembre de 2025

ISBN (impreso): 978-958-753-741-3

ISBN (digital): 978-958-753-742-0

Título de la publicación:

La camisa de Isaac

Autores:

© Heroína Galeano Arango, Jaime Jurado.

Ilustración de portada y detalles internos:

© Raquel Sofía Moreno.

Esta publicación se realiza en el marco del cumplimiento de las recomendaciones del Informe de Fondo No. 260/23, adoptado por la Honorable Comisión Interamericana de Derechos Humanos dentro del Caso 12.637 Isaac Galeano Arango.

© Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes

Está prohibida, sin la autorización escrita del editor, la reproducción total o parcial del diseño y del texto de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Está prohibida la venta de esta obra.



Culturas



**Biblioteca
Nacional de
Colombia**



**Corporación de
Desarrollo Social**

elite

ÍNDICE

Nunca más camisas desaparecidas	5
Crótalos al amanecer	9
Argelinos en cuyabria	13
El reino del terror	21
Epilepsia de la tierra	25
Caso perdido	27
Del perdido, la camisa	29
Angelitos aquí y allá	33
Llamada salvadora	35
Todo en blanco hasta los pies vestido	39
Telefonazo misterioso	41
Consejos de otro ángel	43
Unas de cal y otras de arena en la capital	47
Confirmación del oráculo	49
Preparando la guerra jurídica	53
Se amplían los escenarios	55
De investigadores a prisioneros	59
Les respiran en la nuca	61
Hay golpes en la vida... yo no sé	65
Ojos temblorosos	69
Avatares de la justicia	71
Al despertar, la camisa todavía estaba ahí	75
Epílogo	77

NUNCA MÁS CAMISAS

DESAPARECIDAS

Heroína Galeano Arango

Antes de iniciar la peregrinación en busca de mi hermano Isaac, fuera vivo o muerto, nunca pensé que mi familia llegara a estar en esa situación. Sí, habíamos perdido a Salomón de manera violenta muchos años antes, pero de alguna forma nos consolaba haberle dado sepultura y despedirnos de él, y en cierto modo procurábamos no recordar eso. Pero lo de Isaac fue mucho más duro porque durante más de veinte años no se supo bien qué le había pasado y, lo peor, no se le encontraba por ningún lado para poder darle una sepultura digna y que tuviera lo que llaman en descanso eterno.

Fue entonces como a los porrazos, de una forma que ni yo misma me explico, que resulté encargada por el destino, Dios o la vida, de estar en esta lucha por encontrarlo, saber qué le pasó y quiénes fueron los culpables. Claro, no fui sola. Así como hubo personas y oficinas que me pusieron todos los obstáculos, tuve mucha gente que ayudó de una u otra manera. No me acuerdo de todos, pero tengo que nombrar al abogado César de la Defensoría, que aparece con el nombre Manuel, a la abogada Dora Lucy que me acompañó en los momentos más difíciles, así como al CAJAR, que nos ha acompañado durante más de dos décadas como familia en las diferentes instancias nacionales e internacionales, y en la parte final a los de la Agencia de Defensa que apoyaron el acuerdo y están encargados del cumplimiento.

Ahora, con la petición del escritor de que escriba unas palabras para esta edición del libro, me veo en la misma situación. ¿Qué me iba a imaginar estar escribiendo algo para un libro? Pero como él mismo me dijo: que así como hablé en tantas partes y hasta di un discurso junto a mi hermano Lisímaco en el acto de perdón en Calarcá, que escribiera lo que me saliera.

Entonces repito lo que dije tantas veces y en muchas partes: esto no tenía que haber ocurrido. Las autoridades, y especialmente los cuerpos armados del Gobierno, están para proteger a la gente y no para asesinarla ni desaparecerla, como hicieron con Isaac. No queremos que algo así pase a ninguna familia y, si lamentablemente ocurre, la justicia debe funcionar rápido, no como en nuestro caso que se demoró más de veinte años para dar con los restos y además no fue completa, porque sabiendo quiénes fueron y reconociendo que fue gente del Estado, no los castigaron.

Sería muy bueno que todo lo que vivimos en todo este tiempo fuera una lección para que no se olviden de la tragedia de nuestra familia y de muchas otras que han pasado por situaciones incluso peores. El libro nos ayudó a sobrellevar la pena. Solamente agregó que es muy triste que la matrona de la familia, Rosa Emilia Arango, no haya podido despedirse de su Sarito, que es como llamaba a Isaac. Tantos años sufrió en silencio, no solo por él sino por el miedo a lo que me pudiera pasar a mí, porque se daba cuenta de los peligros y amenazas que tuve que sufrir. Me quedé de una pieza en el 2021 cuando llevamos al cementerio lo que quedaba de mi hermano Isaac y mi otro hermano, Lisímaco, en vista de que la familia había decidido que los enterráramos al lado de donde estaba nuestra mamá, dijo: “Madre, he ahí a tu hijo”.

De cierta forma este libro es también parte de la familia y de la historia por la que pasamos y espero, con estas palabras, no haberle fallado al autor, a mis parientes que soportaron con paciencia mi lucha y al Ministerio que lo publica.

CRÓTALOS AL AMANECER

Lisímaco no entendía si el cascabeleo que escuchó lo estaba despertando o lo sumía más en el sueño. La música de los crótalos, al principio lejana, se acercaba cada vez más y entonces la vio de frente. Acostumbrado a los bichos por haber crecido en el campo, para nada le asustó tener ante sí una serpiente. Lo que sí le sorprendió fue su tamaño: una cascabel de varios metros de largo, mucho más gruesa de lo normal y de un color entre café y gris. Como si fueran viejos conocidos, sosteniendo la mirada y moviendo suavemente la cola sonante, el animal le dijo con voz aflautada: “Sssígueme, te mossstraré donde essstá tu hermano”.

Arrullado por el sonido y fascinado por la mirada ambarina del reptil, el hombre la siguió dócilmente a través de una solitaria carretera sin pavimentar. A intervalos observaba los alrededores teñidos de verde intenso, en los que se intercalaban cafeteras y guaduales. De repente llegaron al puente sobre un pequeño río que cruzaba entre colinas de altura mediana. Observando el correr de las oscuras aguas, el ofidio dijo con voz cansada: “Sssubamos por acá”.

La soledad y el silencio envolvían la hierba crecida entre arbustos silvestres. Lisímaco sintió en sus curtidas manos de labriego que sabe acariciar la tierra el peso abrumador del abandono de esos terrenos que,

calculó, llevaban varios años sumidos en el olvido. Cuando su guía se detuvo, a mitad de la loma, en un pequeño rellano, lo deslumbró el fulgor de los rombos de la brillante piel de la sierpe que desapareció mientras susurraba, entre nuevos acordes de su caja musical, que ese era el lugar.

En medio de una confusa mezcla de miedo, alegría y maravilla, despertó sudoroso y a los pocos minutos ya tenía claro que no había sido un sueño cualquiera sino una señal sobre el paradero del cuerpo de Isaac, desaparecido diez años atrás. Por un momento se le cruzó la inquietud, que de inmediato desechó por ridícula, sobre si el bicho provenía de la zona paísa, por su énfasis en la ese, o si era de las llamadas tatacoas, muy típicas del departamento del Huila, donde ahora residía.

No dudó que debía informar a Heroína, la única entre su familia que le creería y quien había tomado sin descanso la lucha por encontrarlo, descubrir la verdad y procurar que se castigara a los responsables. Solamente ella sabría qué hacer ante la revelación. Bueno, el sitio que le mostró la serpiente podía estar en cualquier parte, pero sentía que tenía que ser por los lados del Quindío o del vecino Valle del Cauca, ya que en esa zona fue visto por última vez su hermano, y porque en el viaje con la serpiente siempre sintió que era una tierra cercana al departamento que se había convertido en el segundo hogar de la familia, después de que la pobreza los arrancara de su natal Antioquia. “El paisaje se parece al del Eje Cafetero, similar al de la vereda en la que vivimos de niños en Argelia, incluso algo a la zona en donde está la finca en la que ahora trabajo en el Huila. A la vez hay algo diferente que no puedo definir, pero tiene que ser por esos lados”, pensó mientras marcaba el número de Heroína para informarla del extraño suceso.

—Quihubo, Hero. Ya sé dónde está Isaac, lo vi en un sueño. Tenemos que ir a ver si está ahí —dijo Lisímaco a su hermana, con voz sobresaltada por la emoción.

—Gusto de oírlo, Lisi, barajémela más despacio porque no entiendo qué es lo que me quiere decir.

—Soñé con una culebra que me mostró el sitio, me llevó hasta allá.

—Esa sí está mejor, ¿cómo que una culebra fue la que lo guio?, ¿le dio dirección y todo?

—No se burle, la cosa es seria, yo siento que es verdad. No creo que esto sea casual. Dentro de pocos días voy para allá a ver qué hacemos sobre eso.

Heroína sintió que no estaba bien reírse de la situación y recordó que a ella también le habían pasado cosas sobrenaturales en la larga y frustrante búsqueda en la que estaba empeñada desde hace más de una década. Cambió el tono de sus palabras y le manifestó a su interlocutor que le parecía bien que viniera a unirse a la tarea, que no podía descartarse nada y que a veces las pistas más raras conducen a resultados sorprendentes. De todos modos, la cosa le causaba algo de gracia y se despidió con socarronería diciendo: “Lo espero lo más pronto posible para que veamos si a lo mejor la víbora esa nos hace el milagrito que no han podido hacer las autoridades en todo este tiempo”.

A pesar de que al final su hermana dejó la puerta abierta para trabajar en la pista que daba el sueño, al propio Lisímaco lo corroía la duda de si la búsqueda a partir de algo tan vago tendría algún sentido. “Bueno, tengo unos días para pensar si voy al Quindío o no, esta cosecha de café todavía dura un mes o mes y medio acá en el Huila. En ese tiempo miro si viajo o no. Mientras tanto miro si el animal ese vuelve a aparecerse en la noche o qué”, pensó al día siguiente de la conversación con Heroína.

Sin embargo, las noches pasaban y no volvía a ver a la cascabel en los sueños. Pero en el día sí veía cortas alucinaciones con serpientes, en rápidos parpadeos que no pasaban de fracciones de segundos. “Esto está muy raro”, se decía a sí mismo, convenciéndose poco a poco de que debía seguir su instinto y poner atención a las señales.

A la semana siguiente, cuando fue al pueblo más cercano a la finca donde trabajaba, no podía dar crédito a lo que veía: en plena plaza central decenas de personas se arremolinaban para ver y escuchar a un culebrero que con gran animación anunciaba traer el remedio para cualquier mal, una pomada hecha a base de hígado de serpiente, mientras enroscaba a su cuello un gran ofidio que acababa de sacar de una caja, a la voz de “quieta, Margarita”. La visión le revivió episodios similares en su tierra natal, cuando su diversión consistía en acudir a la plaza a ver personajes como este, que creía desaparecidos del paisaje colombiano pero que ahora tenía ante sus propios ojos. Se sintió de nuevo en Argelia, pequeño municipio del sureste de Antioquia cuando el hombre, con acento inconfundiblemente antioqueño, alababa a la concurrencia diciendo:

“Soy el indio, culebrero, yerbatero del Eje Cafetero y de antioqueños descendiente, enamorado, trovador y bohemio, con carriel, poncho y sombrero, inventor del andar parao, que hizo de pa’ arriba la pendiente, puso el occidente frente a oriente, y norte y sur las puso a lao y lao.

Brujo de Manzanares, primo hermano de Satanás, de curarlo soy capaz y si tiene algún maleficio, curar males del corazón y lepras es mi oficio sin ningún sacrificio”.

De por sí la coincidencia era mucha, pero cuando el encantador de serpientes dijo que además el animal podía ayudar a buscar al ser querido que estuviera perdido y que lo encontraría vivo o muerto, sintió que efectivamente ese era su caso y que el sueño no era una casualidad. Por si todavía le cupiera alguna duda, esta desapareció cuando el hombre lo señaló diciendo: “Allá el caballero, vea, acérquese, no tenga miedo, si no es ahora, tarde o temprano nos va a necesitar”.

Lisímaco no lo pensó dos veces: aunque no se atrevió a contarle al sujeto sus preocupaciones, sí acudió a comprarle dos porciones del unguento y aprovechó para mirar fijamente al animal y quedó convencido de que era la que había visto en el sueño, o por lo menos de las mismas. En ese cruce de la mirada humana con los ojos ambarinos del reptil sintió que le repetía el mismo mensaje que le había transmitido noches atrás.

Ya todo era muy claro, debía verificar el mensaje y hacer la búsqueda con Heroína en cuanto viajara, lo que señaló para dos semanas más tarde. La suerte estaba echada y no había vuelta atrás: iría al Quindío a visitar a la familia y a tratar de encontrar el lugar en el que reposaban los restos de Isaac, de acuerdo a lo que mostró el animal.



ARGENTINOS EN CUYABRÍA

En el pequeño apartamento al que recientemente se había mudado, Heroína sintió el peso demoledor de un cansancio de siglos. Por un momento pensó que sería mejor aceptar el consejo que le daban muchos de sus conocidos y casi todos sus parientes. La lucha por encontrar a Isaac se había convertido en el eje central de su vida desde el terrible 7 de diciembre de 2000, cuando él desapareció. El precio pagado era muy caro. La tranquilidad ya no existía para nadie en la familia y ella misma tuvo que trasladarse a la capital del país porque su vida corría peligro en la región. Ni siquiera en Bogotá se sentía muy segura porque hasta allá podía llegar la mano larga de los asesinos, pero al menos era más fácil desaparecerseles cambiando de barrio y refugiándose en el anonimato de las millones de vidas oscuras que bullen en la inmensa urbe.

Instantes después se levantó decidida, sintiéndose culpable por ese momento de debilidad pero renovada por la fuerza que, en medio de la simplicidad que lo caracteriza, le transmitió Lisímaco al contarle el sueño con el animal.

“Quién sabe si el hombre se contagió con la brujería que, se dice, existe en muchas partes del país, pero nada se pierde con seguirle la corriente. Casi siempre, desde la Biblia, se muestra a las serpientes como las malas. Tal vez sea hora de que nos den a conocer su lado bueno. He oído que

mucha gente les tiene fe a esas que llaman tatacoas, incluso me parece que el hombre trabaja cerca del desierto que llaman de la Tatacoa y como que el veneno de esos animales es hasta bueno para curar el cáncer. No me acuerdo quién, pero una persona me contó que por allá donde trabaja mi hermano, o por ahí cerquita, en el sur del Tolima, eso es como lo mismo, a una señora líder de la comunidad, que era también curandera, la secuestraron unos paramilitares y la tenían amarrada para llevarla más arriba, a una montaña, tal vez a matarla. La dejaron al cuidado de un tipo y de una muchacha y de un momento a otro una serpiente de esas mordió al hombre en los testículos y el tipo, retorciéndose del dolor, se iba poniendo verde. La chica soltó el arma y le gritaba a la mujer que lo salvara; ella pidió que la desamarraran, buscó unas yerbas, las preparó con agua en un fogoncillo portátil y se las dio a beber al sujeto que yacía desmayado, bañado en sudor y echando espumarajos por la boca. Parece que el remedio también tenía extractos de ese mismo animal y como que el picado se salvó y la vieja también, porque aprovechó para volárseles. Ahora que recuerdo, a los ocho días de la desaparición Lisi me contó que había soñado que peleaba a machete como con cinco tipos por defender a Isaac y que cuando ya había matado a tres, vio que los otros dos ya tenían a Isaac muerto en el suelo y ahí fue cuando llamó a mamá a decirle que él sabía que al hermano le había pasado algo, que por qué no le habíamos avisado”, se dijo a sí misma mientras se reía de sus propias evocaciones y preparaba un café negro que le ayudara a ordenar mejor los pensamientos.

En efecto, el suave sabor del café le ayudó a despejar la mente y mientras su aroma pasaba de la nariz al cerebro, se trasladó en alas del recuerdo a la lejana infancia a comienzos de los años sesenta. La numerosa familia de sus padres, Lázaro y Rosa Emilia, y sus once hijos, siempre vivió en propiedades ajenas, nunca en una casa propia. Los viejos administraron fincas en las que se les destinaba una pequeña casa, distante unos metros de la vivienda del propietario. En un espacio estrecho compartían la escasez y la incertidumbre de un futuro que no pintaba muy bien, pero sentían algo parecido a la felicidad al estar juntos, ser pobres pero honrados y saber que en medio de todo eran afortunados de no haber sido tocados por la violencia que había afectado a muchas familias en los años cincuenta y que aún se sentía en lugares cercanos. El café era el protagonista total de la sencilla vida rural. Cubría los cerros y planicies en las que esbeltos arbustos de la variedad arábiga florecían a la sombra de plataneros y naranjales. La familia se

incrementaba casi cada año con un nuevo miembro y mientras que de algunas fincas los sacaban por ser muchos, en otras eran recibidos con los brazos abiertos porque había bastantes brazos para cosechar el grano y cuidar el ganado. De todos los retoños, los más unidos entre sí eran Heroína e Isaac, que estaban casi siempre juntos.

No era nada fácil para la modesta pareja campesina alimentar y vestir a once hijos, y algunos de ellos no fueron a la escuela por ayudar en la precaria economía familiar. Los privilegiados fueron Heroína e Isaac, quienes tuvieron que conformarse con una efímera presencia de pocos meses en las aulas, que al menos les permitió algo cercano a leer y escribir. La lejanía dificultaba la atención médica y cualquier problema de salud tenía que ser resuelto con tratamientos caseros. La vida se hacía cada vez más dura y Lázaro no tenía las mismas fuerzas de antes. Buscando mejores horizontes se trasladó en 1972 a Puerto Venus, vereda del municipio de Nariño, límite con Samaná, departamento de Caldas. Esta vez no era el café sino la panela y el ganado las actividades que realizaba. Todo pintaba un poco mejor, pero cinco años después, un día que habría querido arrancar del calendario pero que no se borra de la memoria, encontraron muerto en un potrero a Salomón, uno de los hijos mayores, asesinado a bala sin que nunca se supiera por quién ni por qué.

La pobreza podía soportarse, ya era parte del paisaje. Pero cuando a la puerta de la familia llamó el horror, nada volvió a ser igual. La fuerza con que los padres afrontaban las tareas agrícolas y los problemas familiares decayó hasta casi anularse. Lázaro dejó de ser el hombre conversador que nunca estaba callado y que para todo tenía un apunte. Ahora apenas hablaba lo necesario y se pasaba largas horas en silencio mirando por la ventana, como esperando a quien, se sabe, nunca llegará.

Fueron dos largos y dolorosos años en los que la pena moral fue apoderándose de él, minando poco a poco su salud física. Apenas salía a la huerta a desyerbar las plantas caseras, abriendo surcos en el suelo, como preparando su sepultura. Al caminar, su espalda se encorvaba cada vez más y su tamaño se reducía a ojos vista, como si quisiera fundirse con la tierra. Y así fue, finalmente un día cayó en el surco, en silencio, como había vivido la última etapa, para no levantarse nunca más.

En esa ocasión excepcional lo dejaron solo porque todos salieron para asistir a una misa con ocasión del segundo aniversario de la muerte de Salomón. Debía ser el momento más propicio para que saliera de su encierro

pero fue lo contrario, no quiso retirarse de la casa. Heroína quiso quedarse a acompañarlo, pero él mismo le insistió en que fuera a la ceremonia en su representación, a la vez que le prometió no moverse ni siquiera de la cama.

Grande fue la sorpresa de los parientes cuando no lo encontraron en el lecho ni recibieron respuesta alguna a las voces que lo llamaban. Tampoco se le halló en los corredores ni en el patio. “Qué raro, no está el perro ni ha salido a recibirnos, miremos en el maizal porque allá le gustaba mucho ir”, dijo Rosa Emilia, cada vez más angustiada.

La búsqueda fue corta porque el cultivo era pequeño: allí, entre las esbeltas plantas, yacía el padre, con los ojos abiertos mirando al azul, como en mudo interrogante al cielo por las injusticias de la vida, la muerte y el destino.

El patrón, que había atestiguado todo el drama, permitió que la familia continuara trabajando en el fundo.

Como si la viudez le diera fuerzas, Rosa Emilia, apoyada por Heroína e Isaac, emprendió con nuevos bríos la ardua tarea de administrar la hacienda y guiar la familia. Dos años más permanecieron en el lugar junto a Claudino, Blanca Estrella y Lisímaco, hermanos menores, porque la prole se había ido desgranando de a poco en busca de aires mejores. Deslumbrados por los relatos de amigos que habían abandonado el campo y volvían ocasionalmente de visita, soñaban con irse a un pueblo y les parecía que no podían seguir condenados a vivir alejados de los centros urbanos.

Finalmente se impusieron las luces de la ciudad y a comienzos de la década del ochenta el núcleo se trasladó a Sonsón. A esa altura, el papel dirigente lo tomó Heroína. La situación económica seguía siendo precaria, el trabajo escaso y las perspectivas muy oscuras. Pero la moral seguía muy alta y con su liderazgo, y el aporte de los chicos que no se separaron totalmente del campo pues laboraban entre semana en fincas, por lo menos se mantenían a flote. Quizás habrían seguido allá, de no ser porque el señor con el que Heroína tuvo un hijo se volvió un gran obstáculo. El hombre era maltratador y pretendía arrebatarle al chico. Ella lo enfrentó con valor, pero tenía claro que continuar allí era vivir en zozobra permanente. Ahí fue cuando apareció Rosendo, un primo que había emigrado al Valle del Cauca, quien decía que por allá había más posibilidades laborales y pagaban mejor.

Al poco tiempo vemos arribar a zona rural de Sevilla y volviendo a administrar una finca al círculo familiar compuesto por Rosa Emilia y sus hijos Heroína, Isaac (a quien a veces llamaban “Saro” y sus amigos “Harold”), Claudino, Blanca Estrella y Lisímaco.

De allí pasan a manejar otros fundos en Circasia, Quindío. Poco tiempo después de ese retorno al agro, la ciudad vuelve a imponerse y la migración con sabor bíblico termina en Calarcá, donde las mujeres encontraron trabajos como empleadas domésticas y los muchachos siguieron laborando en fincas.

La prueba más dura para la unidad del núcleo fue hacia 1987, cuando Heroína se fue para unirse a otro hombre con el que tuvo una hija. Afortunadamente no se fue de la ciudad, pero los demás, a pesar de seguir con Rosa Emilia, sentían como si se les hubiera ido la segunda madre. Para no dejar mucho tiempo sola a la progenitora, y por lo duro del trabajo en el campo, Lisímaco e Isaac se las arreglaron para conseguir un parqueadero a las afueras de Calarcá, en la salida hacia el Valle, que además de ser trabajador les servía de vivienda. A ese nuevo hogar regresó la hermana mayor, al separarse de su compañero, ocho años más tarde.

Todo iba mejor en esa especie de comuna o cooperativa en la que todos ponían su grano de arena, pero el local no daba para tantos. Lisímaco puso cerca un negocio, de aquellos que en la zona reciben el pomposo nombre de “salón familiar” pero que de familiar tienen poco ya que en realidad son cantinas en las que el licor abunda y no es raro ver lugareños más ebrios que un cosaco.

Hacia 1995 vemos a Heroína manejando ese salón que le fue cedido por su hermano. El sitio, cada vez menos “familiar”, salvo por la relación entre sus propietarios, era visitado ocasionalmente por Isaac, quien ayudaba a su hermana a atender al público y a poner la música. En una ocasión, con el ruido de fondo de canciones de despecho, el hombre le dijo que se había hecho amigo de los integrantes de la SIJÍN, sección de la Policía dedicada a la investigación criminal.

Esta sí era la verdadera tierra prometida, el éxodo bíblico había terminado. No eran ricos, pero la pobreza extrema ya era cosa del pasado. Tenían dos negocios, si no florecientes al menos sostenibles: el bar y el parqueadero. Lo más importante era que estaban juntos y que el futuro ya no era ese monstruo amenazador cada vez más terrible en el que el hambre y el desamparo estaban al acecho, sino algo más manejable en el que los hijos, nietos y sobrinos tendrían una vida menos azarosa.

Una de las cosas más agradables de la nueva vida era el percibirse completamente integrados a la sociedad de acogida. Nunca se sintieron extraños en Sevilla ni en las diferentes partes de Circasia en las que

estuvieron. Al fin y al cabo, eran las mismas costumbres de la zona paisa. Pero ya en Calarcá el arraigo fue mayor. Tal vez por la relativa estabilidad económica, asumían que la permanencia ya sería definitiva y a veces les parecía como si allí hubieran estado toda la vida. Incluso les divertía cuando muy de tarde en tarde alguien, por provenir de un pueblo con ese nombre, los llamaba argelinos, o cuando algún pariente antioqueño, por deseo de parecer gracioso, les decía que ahora eran cuyabros, apelativo popular para los quindianos.

Por algún motivo, un día cualquiera de 1998, en uno de los pocos momentos en los que no estaban atendiendo clientes, volvió a la mente de ambos el tema de la cercanía de Isaac con los policías. Esta vez el hermano fue más explícito y le dijo que los tipos hacían cosas raras como extorsionar gente del campo —bien directamente o a través de malandros controlados por ellos, a los que les sacaban después la parte del león—, asesinar indigentes o pequeños delincuentes, y que de todo eso sacaban grandes ganancias económicas.

—No creo eso, hermano. ¿Cómo va a ser que la misma ley se tuerza? Dejé de decir bobadas —respondió Heroína, haciendo un gesto de disgusto.

—Que sí, no son tonterías. Y eso no es todo, me pidieron que bajara con ellos —agregó Isaac, con mal disimulado orgullo.

—¿Cómo así? No puede ser. Sigo sin creer que estés hablando en serio. Nuestros papás no nos enseñaron eso. Ni se te ocurra meterte con esa gente, sería el peor error de la vida. Son capaces de utilizarte y cuando ya no les sirvas o estés muy quemado, ellos mismos te mandan a matar o te matan directamente. No quiero que me volvás a mencionar el tema —concluyó tajante la mujer mientras golpeaba la barra del bar con una botella de aguardiente.

Como hermana mayor que había tomado el mando del hogar, pensó que lo categórico de su posición sería suficiente para que Isaac desistiera de su propósito, pero muy pronto la realidad mostró que su dicho no pasó de ser un buen consejo. Cuando meses después volvió a plantearse el tema, así no quisiera admitirlo, la hermana, muy en el fondo de su corazón, sabía que el hombre estaba cediendo a la atracción fatal que sobre él ejercían los policiales corruptos y sus propuestas *non sanctas*.

Una de las tantas veces que su hermano la visitó en el establecimiento, al que iba con frecuencia casi diaria, y al verlo departir con elementos de la policía criminal, le dijo con los brazos en jarra, ya no como consejo sino con el tono de amonestación de una madre severa:

—Yo sé que a estos negocios entra mucha plaga, tanto de la delincuencia común como esa gente de la *SIJÍN* que anda en malos pasos y que uno tiene que atenderlos, pero otra cosa es mantenerse en llave con ellos.

—Voy a trabajar con ellos. Les acepté lo que me propusieron —fue la seca respuesta.

—¿Cuál trabajar, qué vas a hacer?, si para estar en la Policía se necesita estudio, papeles y todo eso, y no tenés ni un año de primaria.

—Jajá, es que no es en la parte legal. Es en la sombra, como ellos trabajan la mayor parte del tiempo y por lo que más ganan. Si fuera por los meros sueldos serían unos arrancados, pero con los otros negocios ganan mucho billete y a mí me tiene que tocar algo. Me dijeron que me pagarían bien.

—No, hombre, ya te dije que no está bien. Lo que vas es a ganarte un problema.

—Tranquila, hermana, ellos tienen todo organizado y controlado. Nadie se les enfrenta y tienen a todo el mundo comprado por aquí. Es cierto que les jalan a cosas raras, pero precisamente ese es el juego y por eso les entra tanto billete. Incluso la limpieza social no la hacen gratis, muchas veces son los comerciantes los que les pagan pa' eso.

—¡No, no y no! Nunca voy a estar de acuerdo con eso. ¿Cómo así que son los que matan y desaparecen la gente? Yo pensaba que se limitaban a ser torcidos en materia de plata y cosas así, pero la misma ley asesinando...

—Yo no me meteré en esa parte, seré un colaborador, informante o algo así. No voy a ser tan loco de ponerme a matar, pero tampoco tan bobo de seguir siempre pelao, sin un peso y aguantando hambre. Ellos son los que quiebran a muchas personas, me consta, ellos mismos me lo han contado. Fueron los que pelaron al tal Hugo, un ladroncito que a veces venía aquí.

—Ah, sí, me acuerdo de ese Hugo, era muy buen cliente, lo recuerdo muy patente. ¿Cómo así que lo quebraron?

—Sí, ya ves que eso ni se investigó. Es que los de la Fiscalía se tapan con la misma cobija que la Policía.

—Bueno, como sea, pero en todo caso uno no tiene que ser como ellos. Así se tuerza todo el mundo, nosotros debemos seguir como dice la gente: pobres pero honrados. Dejemos a esa gente allá con su poder. Ya te lo dije antes y lo repito: te van a usar y cuando no te necesiten te hacen lo mismo que a las otras víctimas, te matan y listo. O si te va bien, te montan

un video y te echan la culpa de todo pa' ellos quedar limpios. Olvidate de que vas a ganar plata así como así. El dinero fácil no existe —sentenció Heroína, con señales de fastidio y deseosa de terminar el diálogo.

—Con ese miedo no vamos a llegar a ninguna parte. Me cansé de la pobreza. Eso de estar siempre en la olla mama a cualquiera —respondió el hombre.

Heroína se resistía a creer que Isaac se fuera a involucrar en algo tan peligroso. Esas dudas se fueron debilitando al enterarse de que si bien los hombres de la SIJÍN no habían vuelto al bar, ahora los encuentros de Isaac con el mayor Hugo Javier Agudelo, el teniente Óscar Javier Hernández, el sargento Pedro Barreto y el intendente Rodibelson Díaz, todos adscritos a ese cuerpo de investigación criminal, eran más frecuentes y se realizaban en la cafetería Don Jorge, en el centro de la ciudad. Quienes le informaban de esas reuniones le decían que los diálogos se realizaban en un tono de complicidad y sordidez.

Con el sabor amargo de las discusiones con su hermano más querido, concluyó su viaje por las brumas de la memoria al que la llevó la llamada de Lisímaco. Mezclando ansiedad y determinación empezó a contar los días que faltaban para verse con su hermano menor y tomar rumbo al Quindío para tratar de encontrar el sitio señalado por la serpiente en el extraño sueño.



EL REINO DEL TERROR

Colombia es una sociedad odiosamente estratificada en la que se mezclan distintos tipos de discriminación, entre ellas la racial y la social. Dos de las más fuertes manifestaciones de este fenómeno son las expresiones “limpieza social” y “desechable”. Con la primera se hace referencia a las ejecuciones de pequeños delincuentes, drogadictos, indigentes callejeros y, en general, personas situadas en los peldaños más bajos de la escala social. La segunda denomina a los habitantes de la calle, generalmente presos del vicio de las drogas. Este horrible apelativo, que incluso algunos utilizan sin saber la terrible e inhumana carga que contiene, es clara muestra del valor nulo en que muchos estiman sus vidas.

Aunque ambos términos son ampliamente indicativos del desprecio por la vida y de una visión deshumanizada de la sociedad, la mal llamada “limpieza social” es más utilizada y aceptada, tanto que amplios sectores la justifican e incluso llegan a promoverla. Este fenómeno, que no tiene relación alguna con el conflicto armado, ha existido desde antes, pero se incrementó a partir de los años setenta del siglo xx y, de alguna manera, ha pasado casi inadvertido, relegado a un segundo plano frente a la mayor divulgación que reciben los hechos relacionados con la guerra propiamente dicha y con la crónica violación a los derechos humanos en forma de asesinatos y

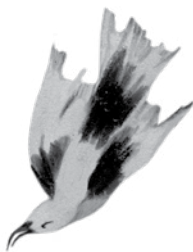
desapariciones de disidentes políticos, líderes populares, activistas sociales y defensores de derechos humanos. Sin embargo, se trata de otro genocidio silencioso que ha causado miles de víctimas y que la prensa poco divulga o que, en el mejor de los casos, banaliza y atribuye a “fuerzas oscuras” o “ajustes de cuentas entre delincuentes”. El nombre mismo de este tipo de operaciones es claramente eufemístico y subliminal porque, si se habla de “limpieza”, la mente, de manera inconsciente y automática, lo asimila a algo bueno. A esto se agrega la dimensión cuantitativa, la extensión en el tiempo y en el espacio, ya que cubre casi toda la geografía nacional, además de la impunidad que rodea estos crímenes. Y si le sumamos que en la mayoría de los casos en que opera la justicia, que son pocos, aparecen implicados elementos de las fuerzas de seguridad, especialmente policías, empieza a ser claro que las supuestas “fuerzas oscuras” no lo son tanto. Inclusive, en una época era *vox populi* y prácticamente un hecho notorio que con cierta periodicidad se daba vuelta por diferentes regiones un grupo tenebroso de agentes secretos policiales formado por hombres provenientes del norte del país, conocido como Los Guajiros, que incrementaba, a su paso por las comarcas, las estadísticas y desapariciones de esta índole.

Por cierto, los grupos armados ilegales también hacían su aporte y, con frecuencia, encontraban en este cruel método de control social una manera de lograr aceptación entre la comunidad.

Esta mal llamada “limpieza” comenzó a hacerse particularmente aguda en el departamento del Quindío desde la llegada del mayor Hugo Javier Agudelo Sanabria al comando de la sección de Policía Judicial, hacia 1999. Las muertes de presuntos delincuentes en Armenia, Calarcá y municipios de todo el departamento eran pan diario, pero era mayor el número de personas que desaparecían sin dejar rastro. Algunos cuerpos aparecían al lado de carreteras que comunican al Quindío con el vecino Valle del Cauca, o en lugares deshabitados, y la justicia poco o nada hacía para esclarecer los hechos. Las familias callaban por temor y se podían dar por bien servidos los que lograban encontrar e identificar los restos del ser querido que había sido, como diría Orwell en su novela *1984*, “vaporizado” y que, aunque fuera sin vida, al menos había sido rescatado del mundo de tinieblas al que lo habían confinado los victimarios.

El silencio era la norma no escrita. Entrar en mayores averiguaciones o exigir justicia podría ser perjudicial para la salud. Los familiares de los afectados preferían callar y guardar para mejores tiempos sus anhelos

de verdad y justicia. Se necesitaba una gran dosis de valentía y heroísmo para enfrentar a las poderosas maquinarias de terror que se habían impuesto en la región. Nadie habría pensado que una sencilla campesina del color de la tierra, menuda como un gorrioncillo, rodeada de un aire entre tierno y triste, apenas alfabetizada, estremecería con la misma fuerza telúrica con la que la tierra sacudió al Quindío el entramado malévolo que tenía paralizada y silenciada a la sociedad local.



EPIFANÍA DE LA TIERRA

El lunes 25 de enero de 1999 es un día más en la vida provinciana. La agitación habitual de un pueblo con aires de ciudad, Calarcá, a escasos diez minutos de Armenia, la capital, ha amainado hacia el mediodía. La villa hace un reposo en su rutina y se recoge en sí misma para la pausa del almuerzo. Las calles semivacías apenas acogen a algunos mendigos y vagabundos, así como a los vendedores informales que no pueden darse el lujo de un receso, mucho menos una reparadora siesta; en la incertidumbre del rebusque no puede perderse un minuto ni un potencial cliente.

De repente, la perfecta claridad que iluminaba en amplio espectro a la ciudad y a las altas cumbres de la cordillera, es reemplazada por grandes nubarrones que tienden sobre la comarca una sombra ominosa. Las oscuras masas comienzan a desplazarse y en choques electrizantes pugnan entre sí por el dominio del aire, con entramados de tormenta que se apagan y relumbran en ciclos intermitentes.

No es la primera vez que Heroína Galeano ve una tempestad eléctrica, pero poco después de la una de la tarde comienza a sentir una gran ansiedad. Se asoma por la ventana y por la cerrazón que observa hacia occidente deduce que en Armenia la tormenta debe estar acompañada de una lluvia intensa. “Por suerte en Calarcá no está cayendo agua ni parece que vaya a llover en la

tarde, porque tengo que ir a la cafetería despuesito de las dos. Mientras tanto voy a arreglar un poco este tablero de parqués que está muy dañado”, dice a su hermana Blanca, empezando su labor, sin esperar respuesta.

Luego recibe una llamada desde el negocio, en la que le dicen que debe ir de inmediato para resolver algún asunto. Sin pensarlo dos veces, y también sin pedirle consentimiento, le dice a Blanca que vayan. Solamente dos pasos las separan de la puerta de salida y las atruena un ruido seco, ya no proveniente del cielo sino de las más insondables profundidades. El bufido de las entrañas del planeta, cavernoso y sordo como el quejido ancestral de los dinosaurios al enfrentar su desaparición a raíz de la pedrada cósmica del meteorito que los borró de la faz de la tierra, viene acompañado del estremecimiento del suelo que sacude con violencia las edificaciones. Con la mirada atónita de la mujer de Lot, Heroína y Blanca viran sus cabezas para ver caer como castillo de naipes la casa que acaban de dejar y todas las de la cuadra.

Como cabalgando por un terreno que no deja de trepidar durante treinta y dos eternos segundos, las dos mujeres vuelan en alas del pánico hacia el bar, o mejor, hacia el sitio en el que estaba, porque también alcanzan a ver, como en un sueño, el desplome del edificio, que se despidió dejando una polvareda acre y cenicienta.

Así como el mundo se paraliza y las agujas de los relojes se inmovilizan a la 1:19, las hermanas se plantan como estatuas ante la magnitud del desastre. Solo al cabo de unos minutos Heroína, que siempre había sido incrédula, exclama “¡Dios mío!” sintiendo que es un milagro que se salvaran, por estar en la calle durante los instantes infinitos que duró el temblor, para desplazarse entre los dos inmuebles que se vinieron al suelo en medio de los terribles estertores y del momento en que la tierra quindiana convulsionó de epilepsia.

En medio de la conmoción, estaba aún lejos de saber que no sería esa la última vez en la que se sentiría ayudada por fuerzas sobrenaturales.



CASO PERDIDO

La grave situación social del Quindío empeoró considerablemente con el sismo. El desempleo, uno de los más elevados del país, se incrementó de manera alarmante con el cierre de empresas, la quiebra de comerciantes y la pérdida de puestos de trabajo. Para completar el panorama, arribaron a la región legiones de delincuentes y personas sin empleo provenientes de otras zonas, los unos para medrar ilegalmente y los otros para hacerse pasar por damnificados por el movimiento telúrico y aprovechar los subsidios y ayudas provenientes de fondos estatales y de la solidaridad internacional.

En paralelo a ese deterioro, aumentó el número de hurtos, extorsiones y asesinatos tanto en la zona rural como en el casco urbano de Calarcá, pero no todo fue deterioro ni descomposición. La sociedad local y de toda la región fue renaciendo de sus cenizas y en medio de grandes dificultades hubo una gran recuperación del tejido social. Vemos así a Heroína sacar fuerzas de flaqueza, velando por sus hijos en un albergue en el que se alojaban numerosas familias sin techo y asimilando, en pocos días, la capacitación en la elaboración de tejas que le brindó una organización no gubernamental y casi enseguida trabajando en un tejar comunitario ubicado en las afueras del poblado.

Un día decidió tocar con Isaac el tema urticante de su relación con los elementos de la policía criminal. La respuesta “tranquila, que ellos

saben cómo hacen sus cosas” en vez de tranquilizarla le produjo no solamente mayor inquietud sino la certeza de que el hombre ya había caído en una red de la que le resultaría muy difícil escapar.

Aun así, su entrañable amor de hermana mayor y mejor amiga le hacía albergar la esperanza de que la relación de Isaac con los sujetos no pasara de alguna pequeña información o colaboración menor en cosas no muy complicadas. Así, se autoengañaba pensando que eso de trabajar en forma con la SIJÍN había quedado en veremos, porque no observó ningún cambio significativo en su hermano desde el punto de vista económico ni en el trato ni en el lenguaje.

Esa ilusión se derrumbó estrepitosamente cuando, unos meses después de esa conversación, cinco hombres armados irrumpieron en el cambuche en el que vivía con sus hijos, preguntándole por los uniformes. “Aquí los tengo, vean lo bien planchados que están”, les respondió, pensando que se referían a los trajes escolares que ella arreglaba para sus hijos. “No se haga la graciosa, vieja hp. Sabe muy bien de qué clase de uniformes hablamos, el tipo tuvo que haberlos dejado acá, son unos camuflados que necesitamos. Más bien entréguelos y de paso diga dónde está Harold”. “No sé ni de lo uno ni lo otro, no conozco a ningún Harold”, fue la enfática respuesta de la mujer, que elevó su voz a un tono intermedio para esconder el miedo, lo suficientemente alto para mostrar firmeza y seguridad pero no tanto para parecer agresiva o desafiante. Los visitantes no invitados se retiraron sin decir nada más, apenas dejando asomar cierta incredulidad en sus rostros.

Cansada de interferir en las cosas de su pariente fraterno, Heroína se guardaba su angustia y muy dentro de sí se limitaba a desear fervientemente que de alguna manera su querido Isaac-Harold pudiera salir bien librado del pantano que, por lo visto, estaba a punto de llegarle al cuello, si no a sepultarlo del todo.



DEL PERDIDO, LA CAMISA

Es 7 de diciembre de 2000. La familia Galeano Arango espera que este día de alumbrado con el que inicia la temporada navideña sea el primero de verdadera alegría decembrina, porque el año pasado estuvo muy cercano el recuerdo amargo del terremoto y la celebración fue muy fría. La memoria de los muertos en la catástrofe se hacía sentir y esa navidad estuvo marcada más por la nostalgia que por la esperanza.

Es un balde de agua fría la información que la madre le da a Heroína cuando acude a preguntar si Isaac estará esa noche para prender con él unas velitas, como hacían cuando niños. “Salió para el campo en la mañana, dijo que iría por los lados de Quebradanegra, pero no sé más, esperemos que llegue, así sea tarde en la noche”. “Eso es que se fue de rumba”, manifiesta la hija. “No creo, hija, él se fue con botas de caucho y nadie se va a un baile con esa pinta”, responde la progenitora con un quiebre de la voz que revela la angustia por la suerte del hijo.

Heroína se retira del parqueadero que, por su ubicación en los límites de la ciudad con el campo, es a la vez un lote en el que tienen unas vacas y residencia de Rosa Emilia y sus hijos Isaac, Claudino, Blanca Estrella y Lisímaco. Tiene cierta frustración por no poder compartir el alumbrado con su hermano favorito y se retira diciendo que volverá al día siguiente.

Al regresar a primera hora de la mañana la recibe Rosa Emilia, quien en medio del llanto le informa que un muchacho que no conoce había venido con la camisa de Isaac y le dijo que ambos se habían ido a una finca, por los lados de la vereda Quebradanegra, a reclamar una plata. Que él se había escapado, pero que Galeano había sido capturado por personal de la SIJÍN. Ya entre gimoteos fuertes y convulsivos, la progenitora expresó con voz apenas audible:

—Presiento que me mataron a mi Sarito. Hasta pudo ser ese mismo joven que vino a dar la noticia.

—No, mamá. No nos apresuremos, averigüemos a ver qué sucedió. El muchacho no debe haberle hecho nada porque no tendría ningún sentido que se haya aparecido con la camisa, en caso de que le hubiera hecho algo malo.

—Uno nunca sabe, Hero. En estos tiempos puede pasar cualquier cosa. Está bien que busquemos, mejor dicho, que busque porque usted es la única que se le mide a eso y es la más terca. Lo que sí le pido es que no alborote mucho, porque podemos correr peligro todos.

—Todavía no sabemos si el hombre ese está diciendo la verdad. Finalmente, no sabemos quién es ni qué intenciones tiene. Esperemos a ver si Isaac aparece o si el muchacho viene a dar más datos —dice Heroína, tratando de tranquilizar a la anciana y queriendo convencerse de que la situación podría aclararse. Con gran esfuerzo aleja de su mente la comparación entre el dicho popular utilizado cuando una persona se pierde en alguna corriente de agua y solamente se encuentra su sombrero, y la recuperación de parte de la vestimenta como único vestigio de su hermano.

Al pasar dos días más sin rastro ni señal alguna de su hermano, la mujer acude a la Defensoría del Pueblo a reportar la desaparición y a partir de allí comienza su peregrinación por toda clase de instituciones en las que pudiera averiguar por la suerte de su hermano. No quedó sin visitar hospital ni morgue de Calarcá, Armenia y los municipios vecinos. Por todo el Quindío se le vio deambular como solitaria madre-hermana de la Plaza de Mayo, yendo de entidad en entidad, siempre con la camisa que se había convertido en símbolo de su búsqueda de verdad y justicia.

Por un tiempo no estuvo sola en su peregrinar. Su hermano Lisímaco le ayudó a contactar a la esposa de Hugo, el asesinado excliente del bar. También dialogó con las cónyuges de Didier Pulido y de Leonardo Bernal, conocidos de Isaac que trabajaban juntos asuntos no muy claros, también desaparecidos a manos de las mismas “fuerzas oscuras”.

Ellas tenían muy claro el hilo conductor entre los cuatro crímenes y aceptaron acompañarla en sus gestiones por algunas semanas, con la advertencia de que no se comprometerían mucho precisamente por temor al poder de los responsables. Así, ante lo arduo de la tarea, el ambiente de hostilidad que sentían en la institución policial y la aparición de los restos de Pulido y Bernal, de ahí en adelante sus compañeras dejaron de asistirle y por largos meses debió atravesar de nuevo sola el desierto.

En el camino se recogieron testimonios de otros ciudadanos que confirmaron la versión de Yimmy Alexánder Bolívar (así resultó llamarse el hombre que entregó a la familia la prenda de vestir) y se completó el rompecabezas que componía el suceso. Harold, que era como más lo denominaban sus relacionados, fue visto por última vez en el retén montado por elementos de las fuerzas de seguridad vestidos de civil, en un auto blanco, sin camisa y encañonado por dos de ellos.

Los parientes más inmediatos, al ver lo infructuoso y riesgoso de la pesquisa, comenzaron a pedirle a Heroína que desistiera de su empeño y que mejor dejara quieto el asunto. Solamente Lisímaco disentía de sus hermanos y prestaba un poco de apoyo a la tenaz investigadora, en tanto la madre, que había envejecido siglos en pocos meses, guardaba silencio procurando que no se rompiera la armonía entre los hijos, sin dejar de insistirle a Heroína en la necesidad de la mayor prudencia.



La Defensoría del Pueblo dio trámite a la denuncia, la remitió a la Fiscalía y solicitó información a la SIJIN sobre si el día de los hechos había realizado retén o algún tipo de operativo en el sector Quebradanegra. La propia sección, señalada como posible responsable, dio respuesta manifestando que, ante la información sobre la presencia de extorsionistas en la zona, a la altura de la finca Las Margaritas, la seccional de la Policía Judicial envió al lugar a varios investigadores, quienes no pudieron dar con los delincuentes. Agregó que al día siguiente, por haberse reportado que los sujetos continuaban en el área, hubo un nuevo operativo policial, con los mismos resultados negativos.

Ante los requerimientos de la entidad defensora, unida a la “operación siriri” de la infatigable Heroína, la Fiscalía abrió una investigación preliminar que no pasó de lo meramente formal y no ahondó en las pistas que daba la denunciante. Además de eso, el propio fiscal, que asumió el caso a regañadientes, se enfocó más en escudriñar las conductas en las que se decía que estaba involucrado el desaparecido, que en esclarecer el crimen denunciado por su hermana y dar con el paradero de la víctima, vivo o muerto.

En una de las tantas visitas al despacho del fiscal a cargo, la paciencia de la mujer, que por seguir el consejo de la madre era prudente y evitaba

confrontaciones innecesarias, llegó al límite cuando el funcionario fue más directo en las insinuaciones que venía haciendo insistentemente:

—¿Para qué lo busca tanto si el hombre no era ningún angelito?

—Eso ya lo sé, si fuera un angelito lo estaría buscando en el cielo.

Pero como no lo es y estamos en la tierra, es aquí donde lo busco y el deber de ustedes como justicia es ayudar a encontrarlo y averiguar qué suerte tuvo. Si tenía alas de ángel o no, lo sabrá Dios en su momento.

Esa fue la contundente respuesta que recibió, sorprendido, el funcionario. A partir de ese día el burócrata dejó de mencionarle cualquier inquietud relacionada con las criaturas celestiales.



LLAMADA SALVADORA

Admirado por la valentía de la mujer que hace honor a su nombre, pido a Heroína que se tome un descanso porque su recorrido por la memoria le ha producido una severa jaqueca.

“No, gracias, deme agua y enseguida me repongo. Ya me toca convivir con el dolor de cabeza. Antes no sufría de nada y ahora vea. Claro que no es solamente por lo de Isaac, es que me han tocado otras cosas duras. El papá de mi segundo hijo se fue estando este muy niño y hace unos dos años, al muchacho, bueno ya es un señor de casi cuarenta años, le dio eso que llaman Guillain-Barré, está jodido el hombre. Lo cuido con todo el amor de madre, pero es una labor muy difícil. Bueno, pero ahí seguimos, para descansar tengo la eternidad, mientras esté con vida no abandonaré esta causa ni un minuto”, responde mientras entorna los ojos y parece proyectar su nariz, recta y prominente, hacia el pasado, como olfateando el olor de otro de los acontecimientos que la han marcado en su odisea.

Le pregunto por qué, si antes dijo que Isaac y ella no eran creyentes, ahora cree que todo esto está rodeado de cosas sobrenaturales. Apurando todo el vaso que acabo de pasarle y aspirando

una gran bocanada de aire como para hablar sin respiro largamente, expresa:

“Pues ni yo misma me lo explico, ya le conté lo del sueño de Lisímaco con la cascabel y otro sueño que tuvo por los mismos días del problema y cómo me salvé en el terremoto por un pelo. Podría decirse, simplemente, que fue suerte, pero es que ya son muchas coincidencias, el solo enfrentarse con esa plaga y seguir viva ya es milagroso. Pero le suelto otra situación inexplicable que me pasó y que me hizo pensar que sí hay un dios y que tal vez me utilizó a mí, y lamentablemente a Isaac, para descubrir todo lo podrido que había en el Quindío y al menos hacer que esa plaga le bajara a las fechorías que venía cometiendo. Y es que cuando suspendieron a ese combo de la SIJÍN que encabeza Agudelo, así después los hubieran vuelto a ubicar en los puestos, disminuyó la matazón y tantas desapariciones. Por eso es que digo que quizá de arriba me protegen, porque de otro modo ya estaría bajo tierra. Pero bueno, la cuestión fue así: En el año 2001, a los meses de haber empezado a dar la pelea, de madrugada, como a eso de las 5:00 o 5:15, por la variante que va de Calarcá a Ibagué, yo iba, como todos los días, hacia el sitio a las afueras de la ciudad llamado El Porvenir, a trabajar en lo de las tejas. Yo andaba con sustico, bastante prevenida porque mucha gente ya estaba anunciando mi muerte, decían que por denunciar a los de la SIJÍN no iba a durar mucho. Hasta algunos hicieron apuestas sobre cuánto más iba a durar o qué tan rápido me iban a quebrar. Todo estaba muy solitario, no se veía un alma y de repente, como saliendo de la nada, aparece detrás de mí una camioneta roja con las luces encendidas, porque todavía estaba algo oscuro. Al instante ese carro me sobrepasa, frena bruscamente y se bajan de un salto cuatro tipos armados, con la clásica pinta de detectives o tiras que llaman. Pensé «aquí sí fue», pero seguí caminando, no sé cómo porque el miedo era mucho. Era una madrugada tibia, pero en ese momento sentí el frío de la muerte. Dos de ellos me adelantaron un poco y otros dos me seguían de cerca por detrás. Nadie dijo nada, ellos no articularon palabra ni yo tampoco. Me sentía morir y no sabía qué hacer. El tiempo se me hizo interminable, pero debieron ser pocos minutos, no sé. En todo

caso, cuando ya me daba por perdida, sonó un radioteléfono, oí que hablaban y no entendía lo que decían, pero al final escuché muy clarito que el que parecía ser el jefe dijo: «súbanse al carro que nos vamos». Y se fueron, dejándome la sensación de que sí hay un ser superior, porque era claro que venían a matarme y esa llamada o fue directamente del cielo o Dios puso a alguien al teléfono para hacer ir a los tipos en ese momento”.



TODO EN BLANCO HASTA LOS PIES VESTIDO

La conciencia de que el ansia de justicia debía imponerse al miedo fortaleció la decisión ineludible del gorrión. Con frecuencia revivía el episodio en el que tuvo la muerte ante sus ojos, pero la sensación de que si dejaba de luchar los criminales continuarían haciendo de las suyas la animaba a seguir adelante.

El tiempo pasaba y Heroína, casi recuperada del impacto, seguía recelosa de que en la vía pudiera salir de las sombras nuevamente el vehículo siniestro. A pesar de que la carretera la conducía de modo más directo y rápido, cambió la ruta hacia el trabajo. Ahora tomaba un camino por entre dos cerros. Además, no volvió a salir en la madrugada ni en la noche, desplazándose solamente a la luz del día para “al menos verle los ojos al que me quiera dañar”.

Una ocasión, hacia el mediodía, después de visitar a su madre, tomó el sendero para la fábrica de tejas. Al bajar de la primera loma llegó a una quebradita que separaba las dos pequeñas montañas. En la ribera del arroyo observó a un hombre desconocido, de camisa blanca, que no le inspiró la menor confianza. En sus ojos se reflejaba la misma maldad que había captado en los de la camioneta. El gorrión pasó sin decir nada, esperando, en medio del temor, que el sujeto no se moviera, pero para mayor

angustia emprendió a paso apurado detrás de ella. Heroína aceleró y su perseguidor hizo lo mismo. Rápidamente la alcanzó pero no paró, sino que la sobrepasó y se detuvo en el pequeño plano en el que terminaba el ascenso de la segunda colina. Resultaba evidente que la esperaba y que retroceder no cambiaría las cosas porque el hombre fácilmente la alcanzaría.

No quedaba más remedio que intentar una fuga hacia adelante. No había nadie más en los alrededores, pero el tejár estaba cerca. Ocultando el nerviosismo le dijo al hombre:

—Buenas tardes.

—Hola —respondió el sujeto—. ¿Qué hizo el niño que traía?

—¿Cuál niño? —balbuceó Heroína, con voz en la que danzaban armónicamente el terror y la sorpresa.

—No me mienta, yo vi que traía de la mano un muchachito de vestido blanco, como el de un angelito.

En un tenso diálogo cada uno insistía en su sí y su no. Cuando con tono más seguro la mujer le enfatizó la negativa y el interrogante de “cuál niño”, agregando que andaba sola y que no había nadie, el desconocido pareció asustarse y con un vacilante “no lo puedo creer” desapareció en veloz carrera.

Al llegar al lugar de trabajo, por el que obligadamente debía pasar quien siguiera el camino, las compañeras salieron alarmadas preguntándole si le había sucedido algo con el tipo, al cual vieron pasar instantes antes como alma que lleva el diablo. El susto que empezaba a ceder volvió a aparecer con intensidad cuando ellas le dijeron que el sujeto era el sicario y violador más tenebroso de la zona, que cuando no estaba asesinando por encargo, acechaba a las mujeres que viera solas en los caminos.

Con el humor como antídoto al pánico que se resistía a abandonarla, dijo a sus amigas:

—¡Qué va! No pasó nada, quién va a violar a una papa salada como yo. A esta altura, con las canas que tengo, no se me arrima es nadie.

Desde ese momento quedó con la sensación de que quizás un ángel, o el espíritu de Isaac, la había protegido y salvado una vez más.



EL FONAZO MISTERIOSO

La peregrinación del sirirí por oficinas públicas, hospitales, morgues, cementerios y todo lugar en el que pudiera haber pistas de su hermano se volvió parte del paisaje. Heroína contaba la historia a todo aquel que quisiera oírla porque a lo mejor podía ser de utilidad. Así, no descartaba información o dato alguno y trataba de verificarlo. Sin embargo, siempre regresaba con las manos vacías. Era la clásica búsqueda de la aguja en el pajar hasta que, pasados varios meses, recibió la llamada de alguien que no se identificó y a la pregunta de quién era respondió con un evasivo “un amigo”. Ese amigo le dijo que no perdiera el tiempo buscando, que el hombre estaba bien muerto y que su cuerpo fue encontrado en la vereda El Alambrado, desde donde lo llevaron a la población de Sevilla para ser enterrado en su cementerio debajo de una palmera. El misterioso informante —era claro que se trataba de un varón, por el timbre de su voz— agregó que era mejor que no siguiera alborotando, que se quedara calladita porque corría peligro, no solamente ella sino también la familia.

Heroína identificó el lugar y allí los lugareños le contaron que en el sitio, bajo unos guadales, poco antes habían sido descubiertos los restos de dos personas sin identificar, que luego fueron llevados a una fosa común en el cementerio de Zarzal. Se practicaron los exámenes del caso y se halló

que los restos no eran los de su hermano. “Se equivocaron si lo que querían era callarme o que dejara de buscar, ahora sí que voy a continuar con más fuerza porque tiene que estar por estos lados”, pensó, convencida de que quien llamó pertenecía al equipo de desaparecidos.

Informes fragmentarios le hablaban del hallazgo de otras dos víctimas en el municipio de Sevilla. El gorrión convenció a los familiares de Pulido y de Bernal de ir a la necrópolis sevillana. Allí las esposas de los desaparecidos identificaron los despojos de sus respectivos cónyuges, tan unidos en la muerte como lo habían sido en vida. En medio del dolor al menos ya había certeza de lo inevitable y se dejaba atrás la incertidumbre de no saber la suerte del ser querido. De alguna manera, Heroína se alegró por Doris y Marisela, que al menos podían elaborar su duelo y dejar la búsqueda. Pero ella seguiría más sola que nunca el viacrucis en el que se había convertido su vida.



CONSEJOS DE OTRO ÁNGEL

No solo en el otro mundo había ángeles guardianes de Heroína. En la Defensoría de Pueblo, el abogado Manuel, a quien se le asignó el caso, mostró genuino interés en hacer todo lo que estuviera a su alcance para esclarecer la desaparición. La actividad que desplegó y la sincera preocupación por su seguridad hicieron que la Galeano lo tuviera como la única persona del mundo oficial en la que podía confiar. De por sí, la sinceridad y compromiso mostrados por el servidor, así como la atención amable que le brindó, y que pudo comprobar que también le brindaba a cualquier persona que acudía a la Defensoría, hicieron que lo considerara como un verdadero protector y como alguien con quien verdaderamente podía contar. La confianza se tornó en admiración cuando la mujer se enteró de que el abogado venía sufriendo persecuciones y hostigamientos por su labor.

Hacia 2003, cuando el ambiente era casi irrespirable para la dama del nombre heroico, el funcionario le planteó la conveniencia de que abandonara la región, al menos por un tiempo, como respiro ante la presión que cada día se incrementaba sobre ella. En realidad, ese punto fue solamente una parte, y no la más importante, de un diálogo en el que el jurista le expresó su admiración por ser la única ciudadana que no se dejaba ganar por el miedo. Le recalcó la necesidad de apoyarse en alguien más, en lo

posible gente que trabajara en el campo del derecho y de probado compromiso con las víctimas de violaciones a los derechos humanos.

—Claro, doctor, eso es de ahí. Si yo he estado sola en esto no es porque quiera ni porque me crea la más valiente o la salvadora del mundo. Es que nadie me da la mano. Usted será el único, pero si hay quien me ayude, bienvenido sea. Así dejaré de ser el llanero solitario, en este caso, la llanera —respondió Heroína entre risas que no sorprendieron para nada al jurista, acostumbrado a los apuntes graciosos de la ciudadana.

—Muy bien, aquí están los datos de una oficina de gente muy colaboradora en Bogotá. Se llaman Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo, la gente los conoce más por la sigla: CAJAR. No necesitas recomendación ni nada, ellos no trabajan por palancas ni le cobran a la gente, ni siquiera los gastos, y llevan procesos en todo el país. Se le han metido a casos muy difíciles en los que están involucrados generales, paramilitares y gente dura, hasta casos relacionados con hechos cometidos por la guerrilla —añadió Manuel, extendiendo a su interlocutora una libreta con dirección y teléfonos escritos a mano.

—La berraquera, doctor, yo ya estaba pensando en irme de aquí, pero no sabía pa' donde. Ahora veo que lo más lógico es Bogotá, allá hay más trabajo, uno está como más resguardadito y si además están los abogados de esa oficina, cuánto mejor —dijo Heroína.

—Me parece lo más conveniente. De todos modos, aquí seguimos listos a ayudarte en lo que necesites —manifestó el funcionario.

—Sí, no es tanto por temor que me voy. Es que siento que a esto hay que meterle candela es por arriba. Acá toda la justicia se tapa con la misma cobija. Vea que no pasó ni un año y archivaron el caso. Si por lo menos hubieran encontrado el cadáver uno diría que hicieron algo, pero ni eso —dijo la mujer con un dejo de profunda decepción.

—Te conozco, Hero. Hay algo más que te preocupa, dime qué es para ver si puedo hacer algo.

—Humm, no, no es nada, es la tristeza de tener que irme de mi segunda tierra.

—Creo que hay algo más, no nos vamos a despedir guardando secretos.

—Bueno... es que me preocupa que lo siga acosando esa plaga. Que me pase algo malo a mí lo asumo, pero que lo vayan a joder a usted sí me dejaría muy intranquila —dijo Heroína con tono maternal—. Me enteré por la prensa de que lo molestaban y de que los paramilitares lo amenazaban.

—Ah, ¿era eso? Gracias por la preocupación. Lo de los paras es cierto, pero ya como que se calmó. Me citaron a una casa en un barrio popular, yo tenía miedo pero fui a explicarles mis actuaciones. Les dije que como defensor mi labor era imparcial y que no me interesaba estar ni a un lado ni al otro en el conflicto, que mi único bando era la gente y los derechos. Esos me dejaron ya quieto, pero nunca se sabe qué puede pasar porque lamentablemente en las propias instituciones hay gente que no lo entiende así. De todos modos, esos son los famosos gajes del oficio.

—¿Cómo así gajos del oficio? ¿Qué es eso, una parte del pago o qué? —preguntó Heroína.

—Tú siempre tan chistosa. No son gajos sino gajes. Estoy seguro de que oíste bien, pero te haces la boba y cambias una letra para bromear. Perdóname por usar una frase que es común entre los abogados y profesores. Quiero decir que es parte del trabajo, porque gaje significa el dinero o cualquier otro beneficio que le dan a uno por desempeñar un cargo o empleo, especialmente el que se recibe además del sueldo.

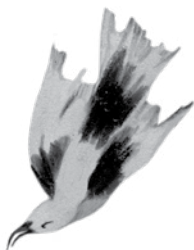
—Ah, ya, o sea que las amenazas y el riesgo son parte de su trabajo.

—Lamentablemente así es en nuestro país cuando se cumple con el deber de defender los derechos humanos y yo he podido comprobarlo. Pero tranquila, no voy a hacerme el héroe, yo cumplo sin arriesgarme excesivamente. Confiemos en que no me pase nada y si la cosa se complica mucho pido un traslado. De todos modos, estoy en una entidad del Estado y eso me da algo de protección. En cambio, es mucho más peligroso enfren-
tar esto desde el llano, o sea desde afuera, como lo haces tú.

—Desde el llano, la cordillera o la costa. A nosotros, los de abajo, nos toca en todos los terrenos, pero yo al son que me toquen bailo y no me rindo.

—Esa es mi Heroína. Despidámonos ya porque tenemos mucho que hacer.

—Hasta siempre, doc. Mucha suerte con esos gajes.



UNAS DE CALY OTRAS DE ARENA EN LA CAPITAL

A finales de 2003 el sirirí ya está 2600 metros más cerca de las estrellas y más cerca de ver alguna luz en su empresa. Apenas se ha instalado en un barrio del sur de Bogotá cuando ya siente que los abogados que le recomendó Ramírez no solamente han tomado el caso, sino que se interesan en su situación personal, la escuchan y tienen en cuenta sus inquietudes. La imagen que tenía de los juristas no era la mejor, pero se ha sorprendido de ver que hay abogados que se enfrentan al poder y que no trabajan exclusivamente por dinero. Se siente halagada al ver que las personas a cargo de su caso hacen reuniones en las que discuten con ella y la incluyen en la planeación de la estrategia a seguir.

“No solo no esperaba esto, sino que no lo imaginaba. Yo dizque reunida con esta gente que sabe tanto y ellos que se las conocen todas en materia de leyes parándome bolas a mí que no hice ni un año de escuela”, piensa en alguna de las reuniones que tiene con las abogadas Dora Lucy Arias Giraldo, Liliana Ambuila y el asistente Nicolás Escandón. Ellos sonrían ante la pregunta de por qué tanta gente para un solo caso y responden que, si bien son unos mismos hechos, hay que adelantar diligencias en la penal, en lo disciplinario, en la demanda para reparación ante lo contencioso-administrativo, e incluso hasta en lo internacional,

además de las gestiones para esclarecer la suerte de Isaac y encontrarlo. Sobre ese punto crucial le explican que trabajan bajo la consigna de que a los desaparecidos los reclaman vivos porque vivos se los llevaron, pero que siempre hay que estar preparados para otro desenlace y que en ese evento el caso sigue hasta que se encuentre a la persona, así sea muerta. Le gusta la claridad con la que hablan, sin esconder lo duro de la realidad, con una mezcla de realismo e idealismo y refuerza la sensación de estar como en una película que nunca quisiera protagonizar, pero en la que la vida le dio un papel de primer orden.

Al aire de optimismo contribuye una modesta pero sostenida situación económica, pues se dedica a cuidar niños y así subsiste decorosamente. Pero cuando se ha estabilizado recibe, una mañana, la llamada urgente del colegio en el que estudia Diana, su pequeña hija, pidiendo que pasara a recogerla porque estaba muy asustada. Presa de los peores presentimientos, corre a la institución educativa y la niña le cuenta, entre sollozos, que en la calle, cuando iba con dos compañeras, un desconocido había tratado de introducirla a la fuerza en un vehículo y que los gritos de las chicas y de unas señoras que se unieron a las voces de alarma desconcertaron al agresor, momento que fue aprovechado por las jóvenes para escapar y refugiarse en el colegio.

Aunque la corroe la duda sobre si el hecho obedece a delincuencia común o si la mano larga de quienes “evaporaron” a su hermano se extiende hasta la remota barriada que la ha acogido, cree que lo más prudente es cambiar de residencia y se muda discreta e inmediatamente a otro sector popular de la urbe, tomando como el elemento más valioso para trasladar a la nueva vivienda la camisa que alguna vez fue blanca y mantiene vivo el recuerdo fraterno. La instala, como en todo hogar que habita Heroína, en una especie de altar. En el apresurado trasteo se le atraviesa el pensamiento de que sería mejor si solamente hubiera sido el intento de rapto por parte de un violador o secuestrador común y no obra de las personas responsables de la situación de Isaac. “Mejor no pensar en eso, cómo se va a poner uno a comparar qué es mejor o peor. De todos modos, es terrible, pero es también espantoso que la desaparición lo haga pensar a uno que algo tan malo resulte más soportable” se dice, para sentirse liberada de esas ideas y del tormentoso dolor de cabeza que le dura hasta el día siguiente.

CONFIRMACIÓN DEL ORÁCULO

Con el apoyo de los abogados, la búsqueda del hermano pasa a ser más enfocada y ya no se visitan fosas al azar sino con base en datos más precisos y por orden de la Fiscalía. Hacia 2010 se hacen análisis a tres cuerpos hallados en el cementerio de Sevilla, sin que ninguno de ellos corresponda a Isaac. Identificar despojos y visitar fosas de NN se volvió parte de su rutina.

En 2010, como si el destino quisiera que el enigma se resolviera a los diez años, hay un gran acercamiento al objetivo al detectarse en el periódico sensacionalista *Vea pues*, de Armenia, la noticia de la reconstrucción del rostro de un hombre hallado en la vereda El Pensil, de Calarcá, y cuya muerte habría ocurrido entre finales de 2000 y principios de 2001. Hechos los cotejos respectivos, se encuentra que corresponde a otra persona y que la incesante búsqueda debe continuar. Así, se llega a otros tres despojos mortales sin identificar, hallados en el cementerio de Sevilla. La expectativa por uno de ellos, cuyas características se aproximaban mucho a las de su hermano desaparecido, se desvanece al verificarse los análisis de ADN con dos de sus parientes más cercanos, Blanca Estrella y Lisímaco.

Es entonces cuando se revela el sueño con la serpiente. Heroína no se atreve a contárselo a sus abogados del colectivo, teme que la consideren poco seria, loca o en el mejor de los casos folclórica. Emprende con Lisímaco un

viaje por los sectores aledaños a Calarcá que presenten paisaje similar al que se veía en la aparición onírica. Todos los de la vertiente oeste de la cordillera se le parecen bastante: colinas de altura mediana, delicadamente cultivadas con café, a la sombra de algunos guamos, cedros y guaduales. Sorprendentemente, en el tercer recorrido, al llegar al puente sobre un pequeño río, en la vereda Riberalta del municipio de La Victoria, Lisímaco expresa como si estuviera iluminado por una revelación: “Este es el lugar, subamos por el cerro”. Sin saber si creer o no a su acompañante, Heroína acepta emprender el ascenso para arribar, a los pocos minutos, a un pequeño plano en mitad de la colina, delimitado por cintas amarillas como las que acordonan la escena de un crimen o el sitio de un accidente, aunque estas, al parecer, llevaban mucho tiempo en el lugar porque estaban desgastadas y polvorientas.

El corazón, agitado por el esfuerzo de caminar cuesta arriba, parece salirse del pecho al observar que, en el centro del cuadrilátero encerrado entre las cintas, la tierra aparece removida y pisoteada, como clara señal de que allí estuvo abandonado un cuerpo humano.

—¿Sí ve, hermana?, la culebra tenía razón. Todo es como lo vi en el sueño —dice Lisímaco, ahora más calmado mientras cierra los ojos como si quisiera revivir el encuentro nocturno con la cascabel.

—Bueno, sí, es increíble, pero, ¿qué nos ganamos si no está el cuerpo y por acá no hay nadie a quien preguntarle nada? —responde su hermana, a la vez que mira hacia la cima de la montaña.

—Mire, allá en la punta hay como una casa. Vamos a ver si hay alguien que nos dé pistas.

—Pistas y siquiera un poquito de agua o un jugo, porque esta trepada me dejó seca.

Así, después de un prolongado ascenso, arriban a lo que resultó ser una vivienda sorprendentemente grande y lujosa de la que sale un hombre de contextura gruesa, pelo negro, edad indefinida y rasgos marcadamente indígenas que los saluda con confianza, como si fueran viejos conocidos. El anfitrión, a la vez que brinda un refrescante jugo, informa que la hacienda, que lleva por nombre La Tatacoa, está a cargo del Gobierno porque le fue confiscada a un narco que fue extraditado a los Estados Unidos y, adelantándose a la pregunta sobre la tierra removida, le dice que allí fue hallado diez años antes el cuerpo de un hombre de unos cuarenta años, aproximadamente, del cual lo único que recuerda era que no llevaba camisa. Cuando se le encontró la Policía lo llevó a Zarzal, donde fue enterrado como NN.

Repuestos del asombro, y luego de apurar un segundo vaso de refresco, le comentan lo ocurrido con Isaac y el sueño con la serpiente. Sin manifestar sorpresa, los lleva al interior de la vivienda que aún mostraba parte del esplendor que debió tener años atrás. Descienden por unas estrechas escaleras a un amplio salón recubierto de rombos de colores en el suelo y las paredes, en cuyo fondo unas enormes urnas de cristal alojan gran cantidad de serpientes de cascabel de todos los tamaños. En otro compartimento se agitan ratones, claramente destinados a alimentar las sierpes. El indio extrae uno de ellos, el único de color blanco, y lo instala en la jaula en la que duerme tranquilamente la más grande de las serpientes. Heroína se detiene fascinada a observar los enrojecidos ojos del pequeño roedor, paralizado por el terror cuando advierte que el enorme crótalo empieza a desperezarse y a acercársele entre acordes que salen de su cola. Por su parte, Lisímaco se fija automáticamente en las demás serpientes, como tratando de identificar entre ellas a la que los condujo al extraño lugar.

—Debe haber sido la que se escapó hace unos meses. Era la favorita del patrón, la había traído del Desierto de la Tatacoa y yo creo que echó para allá, porque para dónde más —agregó el hombre con naturalidad, como si hubiera leído el pensamiento de uno de los visitantes—. La tenía reservada para la parte final de la cura contra el cáncer que afecta a su esposa. La señora sigue viva gracias a ocho años de tratamiento con serpientes, a pesar de que los médicos le dijeron que yéndole bien duraría solo seis meses más.

Ciertamente, todo el asunto les produce una gran curiosidad pero deciden retirarse y no hacer preguntas. Hay algo inquietante en Ovidio (así dijo llamarse el mayordomo, pronunciando la v casi como una f), pero lo mejor es no desviarse del objetivo central de la búsqueda. Despidiéndose con un breve “gracias”, los hermanos abandonan el lugar con la intención de continuar la averiguación en el cementerio local.

Al gorrión no se le borran de la retina los ojos aterrados del ratón, que cree haber visto antes y que está segura que volverá a ver en el futuro. Siempre ha sentido una mezcla de miedo, curiosidad y simpatía por los ratones. Ahora no sabe si lo que siente es compasión, morbosidad o resignación ante la suerte inevitable del animalejo, porque en este momento sus simpatías, sin duda, se inclinan hacia las serpientes.

PREPARANDO LA GUERRA JURÍDICA

—Las paredes tienen oídos. Los cité aquí y no en la oficina porque es mejor tratar esto en reserva. Ni siquiera allá en el comando puede uno estar seguro de que alguien no se meta en lo que no le incumbe —dice el mayor Hugo Javier Agudelo a sus compañeros Óscar Javier García, Diego Hernández, Pedro Barreto y Rodibelson Hernández en la intimidad de la sala de su residencia—. Mi familia está de viaje y podemos hablar sin problemas. No quiero parecer alarmista, pero hasta aquí parece haber llegado nuestra tranquilidad. Esa vieja Heroína metió en el baile a los del Colectivo de Abogados. Esa gente se dedica de lleno a perseguir a las fuerzas militares y de policía para achacarnos todo lo malo que pasa en el país —manifiesta como introducción y bienvenida, al tiempo que ofrecía café y bizcochos a los visitantes—. Seguidamente les explica que el archivo que declaró la Fiscalía puede revocarse y que seguramente será lo primero que pedirán los abogados de la familia, por lo que deben estar preparados para días difíciles.

—Sí, concuerdo con lo que dice mi mayor. Ustedes saben que él es experto en criminalística, investigación criminal y derecho procesal, y que yo soy abogado. Quiere decir que los dos conocemos ese mundo jurídico y por eso sabemos que no podemos confiarnos. Desde ya hay que desarrollar

una línea de defensa muy fuerte —apuntó Pedro Barreto, el más veterano del grupo, tanto por edad como por antigüedad en la Policía.

—Recuerden que tuvimos un primer campanazo muy fuerte en la Procuraduría cuando nos sancionaron con destitución en 2004. Por suerte, lo revocaron en la segunda instancia, pero esto sigue. Donde se mete esa gente de los derechos humanos la situación se complica —agregó el anfitrión—. De hecho, los cité a esta reunión porque el CAJAR llevó el proceso a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos argumentando que han pasado varios años sin que se encuentre el cuerpo de Galeano y sin que se haya abierto en la Fiscalía una investigación formal. Dicen que se agotaron los recursos internos en el país sin que se haya esclarecido la situación del presunto desaparecido y sin que se determinen los responsables.

Un prolongado silencio sigue a las palabras del jefe. Lo rompe Óscar Javier García para decir que, de todos modos, han pasado más de diez años y que no le importa que declaren la responsabilidad del Estado y que ordenen indemnización a los parientes, pues lo único que le interesa es que ni a él ni a sus compañeros los declaren culpables.

Retomando la palabra, Barreto informa que mientras no aparezca el cuerpo no empiezan a correr los términos de prescripción y que el caso penal puede abrirse de un momento a otro. Agrega que lo más posible es que la situación en la Fiscalía se complique, precisamente por lo que dice Agudelo, pues al admitirse el caso en la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, como el Estado queda a un paso de la condena, la justicia tiene que demostrar que está actuando. Admite que puede ocurrir que se declare responsable al Estado sin que necesariamente los condenen a ellos, pero cree que hay que estar preparados para situaciones difíciles. Afirmo que la mejor defensa es el ataque y que si los llaman a indagatoria la estrategia será probar que no se sabe en realidad si Isaac está desaparecido o no, y todo indica que pudo morir en peleas internas por el reparto del botín entre la banda que formaba con Bernal y Pulido. Otro argumento importante a esgrimir será que Heroína y la familia lo que buscan es que el Estado les pague indemnización y que eso hace que estén comprando los testigos que señalan a la SIJÍN como responsable.

Luego de intensas deliberaciones alrededor de los puntos planteados, los participantes se retiran con una dosis alta de confianza en que su situación jurídica se resolverá favorablemente.

SE AMPLIÁN

LOS ESCENARIOS

Como predijera Barreto, las gestiones del Colectivo de Abogados en el Sistema Interamericano de Derechos Humanos, a través de los juristas Jomary Ortégón y Nicolás Escandón, llevaron a la reactivación del caso en la Fiscalía. Hacia 2007 se había revocado la decisión de archivo y el proceso se reactivó, enfocado tímidamente hacia Agudelo, García, Barreto, Díaz y Hernández. Pero a mediados de 2011, ya en una unidad nacional de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario, adquirió más velocidad y profundización con el llamado a indagatoria de estos.

Heroína siente que la película que está protagonizando se acerca a episodios decisivos cuando declara por enésima vez. A pesar de que el funcionamiento de la justicia le sigue pareciendo lejano y confuso, las explicaciones y orientaciones que le dan los abogados que se han encargado del caso le hacen entender que el asunto no es solamente de leyes, sino que también juegan muchos factores que a veces hacen mucho más complejo el proceso.

“Yo pensaba que la cosa era sencilla, un caso nada complicado porque varias personas dicen que la última vez que se vio a Isaac estaba sin camisa y prisionero de los de la SIJÍN, además que el muchacho que trajo la camisa estuvo con él y se dio cuenta de todo. Es cierto que otros dicen que no vieron a nadie en la camioneta y los acusados, por lógica, niegan

estar comprometidos, pero para mí sigue estando muy claro que fue esa gente. Ahora resulta que la Fiscalía parece más interesada en investigar lo que hacía Isaac que en encontrarlo y castigar a los que lo desaparecieron. Lo que más me indigna es que también digan que nosotros estamos comprando testigos y que lo único que nos interesa es que nos reconozcan una plata”, piensa al salir de una de las audiencias en la que fue interrogada enérgicamente por Barreto, en su doble condición de procesado y abogado. No sabe si transmitirle su inquietud a Dora Lucy, que representa los intereses de la familia Galeano Arango, pero finalmente decide comentárselo.

—Te entiendo perfectamente, Heroína. En casos como este es muy frecuente la revictimización de los afectados. Reconocemos el derecho de los acusados a defenderse, pero cuando tienen poder es muy común que abusen de él y que intimiden a quienes denuncian y a los testigos. Fíjate que le han ido a tomar fotos en su sitio de trabajo a Yimmy Bolívar, el muchacho que llevó la camisa, y eso hizo que tuviéramos que pedir protección para él —responde la profesional del derecho, agregando que en este tipo de situaciones hay que estar preparado para toda clase de maniobras por parte de los responsables.

—Sí, doctora, estoy muy consciente de eso, pero lo que más me duele, además de que digan que lo único que nos mueve es la plata, es que acusen de violar la ley a la Defensoría, única entidad que nos atendió al principio. Es como si los pájaros les estuvieran tirando a las escopetas, definitivamente el mundo al revés.

—Lo que dicen es que hubo unos días en los que no se presentó denuncia y que entre tanto la Defensoría recogió algunas pruebas sobre la desaparición, sin ser policía judicial. Reconozco que es un argumento hábil de Barreto, pero no tiene razón porque uno de los deberes de la Defensoría es ese: apoyar en casos de violaciones de derechos humanos y estaba en el derecho, yo diría que también en el deber, de solicitar información a la SIJÍN sobre si en el sitio en el que desapareció tu hermano hubo, ese día, presencia de efectivos de ese organismo. Eso no es ningún montaje como dicen ellos. Todo lo contrario, la respuesta de Agudelo, como jefe de la SIJÍN en el Quindío, en el sentido de que sí hubo operativo el 7 de diciembre en la zona es un punto muy importante porque, más allá de la responsabilidad individual de los investigados, sitúa desde un principio el asunto en una responsabilidad del Estado. Si hilamos más delgado encontramos

que no fue muy leal que Agudelo no haya respondido quiénes participaron en el operativo, cuando él lo tenía claro por haber sido el que lo comandó. Además, la demora en la presentación de la denuncia les sirvió para preparar mejor la defensa.

A esa altura ya era muy claro para el sirirí que el problema iba para largo y que podían presentarse muchas sorpresas. Afortunadamente ya no estaba sola y presentía que muy pronto se darían movimientos que cambiarían totalmente el tablero de juego.



DE INVESTIGADORES

A PRISIONEROS

Al fin, en octubre de 2011, luego de arduas batallas jurídicas entre parte civil y defensores, la Fiscalía 22 de Derechos Humanos llama a juicio a los procesados y ordena su detención.

Desde el asesinato y violación de la niña Sandra Catalina Vásquez en la Estación Quinta de Policía, en pleno centro de Bogotá en 1994, seguido por esos mismos días del secuestro y muerte del gerente mundial de una compañía de autos japonesa por parte de policiales, la detención de policías era casi pan diario y Colombia no se sorprendía por el involucramiento de muchos integrantes de las fuerzas armadas oficiales en hechos criminales. Así, la captura en octubre de 2011 de los integrantes del equipo de policía judicial sindicados por la desaparición de Isaac Galeano apenas fue noticia en la crónica roja de los diarios nacionales y una no muy destacada, aunque sí en primera página de los periódicos del Quindío. Donde sí produjo un verdadero estremecimiento telúrico fue en la propia Policía Nacional, en la cual Hugo Javier Agudelo, ya ascendido a coronel, se desempeñaba como Subdirector Nacional de Escuelas de la Policía luego de abandonar el departamento cafetero y de haber sido jefe de inteligencia en Risaralda, Valle y en la Policía Fiscal y Aduanera. Se le tenía como uno de los investigadores judiciales más experimentados y sagaces y gran experto en materia

criminalística. Con tal hoja de vida, la institución le tenía preparados retos mayores y un lugar muy alto, si no el máximo, en la cúpula policial.

Ahora su mundo policial se reducía a compartir la suerte con otros compañeros de cautiverio, en un cómodo lugar de detención para oficiales. Sus compañeros Barreto, García, Díaz y Hernández fueron ubicados en otro sitio, también para miembros de la fuerza pública con grado de suboficiales.

Los sindicatos, profundamente afectados por el traspie sufrido, tardan meses en reponerse del impacto, pero luego recobran el ánimo suficiente para enfrentar el reto y se reafirman en la estrategia diseñada por Barreto y los demás defensores: negativa total de la responsabilidad, afirmación enfática de la inocencia y la hipótesis de que Galeano pudo ser víctima de ajuste de cuentas por parte de sus compañeros de andanzas o de la llamada limpieza social que efectuaban grupos al margen de la ley que hacían presencia en la zona rural en que ocurrieron los hechos. La hipótesis se complementa con el planteamiento de que los investigadores fueron llamados por el administrador de la finca Las Margaritas, quien informó que unos sujetos lo estaban extorsionando y que cuando los policiales acudieron no hallaron a nadie sospechoso. Hicieron un retén de control sin detener a nadie y al día siguiente, ante el aviso de que los delincuentes continuaban haciendo presencia en el área, regresaron acompañados de unidades de contraguerrilla, con el mismo resultado negativo.



La reconstrucción de la escena era una prueba fundamental, una especie de momento decisivo en el esclarecimiento de los hechos. Después de varios aplazamientos y dilaciones fue fijada para el 3 de noviembre de 2012, fecha en la que podrían participar todos los protagonistas. La abogada Arias Giraldo, comprometida con varios casos en la capital, delegó en otros juristas su papel en ellos para concentrarse durante tres días en el Eje Cafetero en esta verdadera prueba de fuego. Por alguna razón su esquema de protección no la acompañaba, como tampoco miembros de la organización Brigadas de Paz Internacionales, BPI, que asisten a los defensores de derechos humanos en determinados momentos como escudos sin armas. Este detalle sorprendió a los directivos del Sindicato de Trabajadores y Empleados de las Empresas de Servicios Públicos Autónomos e Institutos Descentralizados de Colombia, Sintraemsdes, sede Pereira, cuando se presentó a saludarlos y a informarlos sobre algunas actividades que venía desarrollando en apoyo a ellos.

—¿Cómo así, doctora Dora Lucy, que viene a meterse a la boca del lobo, solita, sin ninguna protección? —le preguntó Juan Carlos Valencia, el corpulento presidente de la directiva local sin disimular para nada su preocupación.

—Esto es excepcional. No pude coordinar el viaje del personal de seguridad ni de los amigos de Brigadas de Paz ni convenía aplazar una vez más la diligencia, porque eso sería darles más ventajas a los defensores que vienen haciendo muchas maniobras dilatorias y acosando al testigo principal.

—Eso lo entiendo, pero usted no está para correr más riesgos de los que ya tiene. A mí me cuida un solo miembro de la Unidad Nacional de Protección, pero él y yo vamos a acompañarla en el auto que me tienen asignado. Yo no puedo dejarla ir sola.

—Está bien, Juan Carlos, te lo agradezco, pero primero acompáñame a mirar otro proceso que está acá en la fiscalía seccional.

La visita a la fiscalía seccional no duró mucho, pero en cuanto salieron de las dependencias notaron que los seguían dos hombres en una motocicleta Honda de color azul. Inicialmente pensaron que podía ser una coincidencia en la ruta con personal policial de investigaciones que salía de las oficinas. Pero cuando el seguimiento continuó fuera de la ciudad, en la vía a Armenia, no quedaba duda de que se trataba de elementos pertenecientes a un organismo de seguridad. El conductor aceleró la marcha y los motociclistas hicieron lo mismo. Temiendo lo peor, ya que el velocípedo se acercaba cada vez más, en una maniobra rápida el conductor, por orden de Juan Carlos, frenó súbitamente ante un Comando de Atención Inmediata de la Policía situado en la vía. Los perseguidores también frenaron en seco y, en cuestión de segundos, la abogada y el sindicalista solicitaron a los policiales del lugar que abordaran a los sujetos y les pidieran explicación de su conducta. Los hombres mostraron carnés del servicio de inteligencia B-2 del Batallón San Mateo del Ejército Nacional y dijeron estar escoltando al señor Valencia.

—Con eso les basta, tienen que creernos, sargento. Sí llevamos nuestras armas de dotación, pero no vamos a dejarnos requisar ni que las vean —dijo uno de los sujetos ante la pregunta de si estaban armados y el pedido del comandante de la pequeña estación de que permitieran un cacheo.

—No podemos hacer nada, doctores —dijo el policial, al tiempo que informaba a los perseguidores que podían irse.

—Creo que por lo menos debía hacer una anotación en el cuaderno y escribir las identidades de estos señores, comandante —dijo Dora Lucy, que ya había llamado al Colectivo de Abogados para que accionaran los llamados de alerta ante las autoridades nacionales y los organismos internacionales de defensa de los derechos humanos.

En seguida el teléfono repicó insistentemente y el sargento mostró en su rostro cierta contrariedad y arrepentimiento de haber dejado ir a los agentes de inteligencia al escuchar, al otro lado de la línea, la voz de un abogado de la organización a la que pertenecía la jurista Arias diciendo que se pediría una investigación de lo sucedido y que los organismos internacionales ya estaban al tanto.

—Ahora váyanse ustedes también, por favor, y espero que no tengan más problemas —dijo a modo de despedida.



HAY GOLPES EN LA VIDA...

YO NO SÉ

Cada 7 de diciembre la herida que nunca cerraría se abre y arde más que de costumbre. Las velitas encendidas durante el alumbrado en vez de iluminar oscurecían el ambiente de la familia Galeano Arango. Sin embargo, en esas ocasiones Heroína, presencialmente o desde la distancia, trataba siempre que el ánimo no decayera.

Este 2011 hay un motivo para estar más optimistas. Nunca ha estado más cerca la posibilidad de que se haga justicia y se localice a Isaac, así sea difunto, para darle el último adiós y unirlo con la prenda que ha quedado de relicario. Hay gran expectativa por el desarrollo de una de las audiencias en el juzgamiento que se lleva a cabo en el Juzgado Penal del Circuito de Calarcá, al que le corresponde dictar la sentencia de primera instancia.

Los abogados le han dicho que la captura de los sindicados no es garantía de que los condenen, que sí es un paso adelante pero no deja de ser algo cautelar y provisional. El gorrión tiene eso muy claro, pero está casi segura de que si la Fiscalía los detuvo es porque era muy evidente la responsabilidad y porque no podía ser de otra forma, ya que el muchacho que trajo la camisa y otras personas que estaban en el lugar vieron a su hermano en manos de los detectives, precisamente con el torso desnudo.

Heroína está sumida en esos pensamientos dos días antes de la audiencia a realizarse el lunes 9. Ha decidido viajar con alguna anticipación para visitar a la familia. Tal vez se animen este sábado a prender con entusiasmo las luces y quizás a complementarlas con algún traguito o, por qué no, a adelantar unos días la natilla, ese delicioso dulce de leche y maíz que no puede faltar en diciembre pero que por costumbre se prepara después del día 16. Va ya a medio camino y minutos antes de arribar al terminal de transporte de Ibagué llama a su hermana Blanca Estrella, que reside en el parqueadero-vivienda que se ha convertido en la casa materna.

La conversación fluye animadamente por la confianza entre las dos mujeres y por el sentimiento de que ahora las cosas van mejor. De repente, después del comentario sobre el clima, las incidencias del viaje y las preguntas por la salud de todos, la conversación da un giro total. Blanca Estrella se pone trascendental, trata el tema que ella quisiera olvidar, siquiera por un momento, y dice al otro lado de la línea desde su teléfono móvil:

—Hermana, he pensado que lo mejor es perdonar a esa gente. No sé ustedes qué piensan, pero yo sí los perdono siempre y cuando digan la verdad, cuenten qué hicieron con el cuerpo y nos digan dónde está. Pero creo que eso tiene que decírselo usted a esos tipos.

—¿Por qué me sale con eso? Este no es momento para discutir ese punto. Yo sola no me voy a meter a dar perdones. Hay que esperar a ver en qué terminan estos procesos y qué decide toda la familia —respondió Heroína en tono impaciente.

—Hero, usted es la más indicada porque tomó la bandera y ha sido la más activa. Además, no sé, presiento que yo de pronto no alcanzo ni siquiera a ver el final de todo esto y me les voy antes.

La mayor le dice que deje de decir tonterías, que no considera conveniente tratar por teléfono ni a la ligera ese punto y, tanto por no encarar un asunto tan espinoso como por tener que apearse del bus que ya está maniobrando para detenerse en la estación de la capital tolimense, corta la conversación y le dice a su hermana que hablarán a la llegada.

Apenas han transcurrido dos minutos desde el diálogo a distancia cuando timbra de nuevo el celular. Heroína, antes de contestar, verifica que proviene del mismo número y se dice “ve, esta tan boba, ya hablamos un rato largo hace unos momentos y vuelve a llamar”. De todos modos, contesta a regañadientes y es grande su sorpresa cuando escucha a su otra hermana, María del Rocío, quien con voz entrecortada por el llanto le

informa que Blanca Estrella acaba de sufrir un accidente muy grave y que en ese mismo momento está siendo trasladada, reventada por dentro, en ambulancia al hospital. Al pedir detalles, la informante le dice que como Lisímaco había metido vacas en el potrero anexo al parqueadero, sufrió un fuerte malestar que lo hizo caer cuando les llevaba alimento a las reses. Como los animales venían hacia él, llamó a Blanca Estrella a gritos para que lo auxiliara porque temía ser pisoteado. Cuando la hermana acudió presurosa en su ayuda, una de las vacas, también corriendo, reventó una estaca de madera de las que sostenía el alambrado, con tan mala suerte que en el bamboleo la golpeó con fuerza brutal. Menos de una hora después, el aparato telefónico repiquetea para dar a Heroína la noticia fatal de que la infortunada hermana perdió la vida.



OJOS TEMBLOROSOS

Las horas que restan del doblemente luctuoso 7 de diciembre se arrastran lentamente, lo mismo que los dos días siguientes, en medio del sentimiento de derrota que agobia a toda la familia. Sacando fuerzas de flaqueza, la líder les dice que hay que seguir adelante y que no pueden abandonar la lucha, justo cuando empieza a dar resultados.

Así la vemos en la audiencia del 9. Al principio no puede concentrarse y su memoria oscila entre el recuerdo de Isaac y el de Blanca Estrella. No puede creer que ella ya no está y la sensación de irrealidad crece al escuchar el complicado lenguaje legal con el que el juez dirige la diligencia. De pronto, en un receso, le llega una voz interior que le dice que es el momento de cumplir lo que se convirtió en la última voluntad de la recientemente fallecida.

“Sí, tal vez no haya otro momento para hablarle a esta gente” piensa, mientras se levanta para acercarse a los acusados que están frente a ella en un banquillo. Decide dirigirse al más representativo de ellos, Pedro Barreto, que se ha mostrado más diligente y activo en la defensa. Apenas lo roza en un hombro suavemente con la mano derecha y portando una fotografía de Isaac en la otra mano, cuando el hombre lanza fuertes alaridos con voz chillona que atruena el edificio y el exterior inmediato. En medio de gritos se dice atacado por ella y arma un gran escándalo.

Cuando, a pesar de seguir vociferando, el volumen de los gritos ha bajado un poco, Heroína le dice con serenidad: “Cálmese hombre, ¿por qué se asusta? No le voy a hacer nada malo, yo solamente quería decirle que los perdonamos si dicen la verdad”.

El abogado-procesado no se calma y durante varios minutos continúa en estado de inquietud y agitación, con los ojos tan enrojecidos que parecían salirse de sus órbitas.

La dama del heroico nombre revive la sensación entremezclada de asco y compasión que tuvo al ver los ojos del ratón a punto de ser devorado por la serpiente y piensa “¡Qué cobarde! Son valientes para torturar y matar indefensos, pero no soportan ver a las víctimas a los ojos”.

Al terminar la diligencia, cuya reanudación y continuación estuvo marcada por las ocasionales, leves y temerosas miradas de hámster que le dirige Barreto, siente que, a pesar del dolor inmenso causado por la desaparición de Isaac y la muerte de Blanca Estrella, valió la pena ese momento de reivindicación moral y no cambiaría por nada la satisfacción de ver el miedo de los victimarios a la verdad y a su propia ruina espiritual.

Observa al acusado Pedro, que no puede sostenerle la mirada, y levantando levemente la cabeza, murmura: “Perdóname, Dios, si muestro algo de soberbia en este momento, pero esto me llena de satisfacción y siento que ha valido la pena toda esta lucha. Aunque fuera solamente para haber visto esos ojitos de ratón asustado que se hundía en su cobardía”.



AVATARES DE LA JUSTICIA

Es 2013 y todavía está fresca la herida que dejó la muerte de Blanca Estrella, pero Heroína confía en que muy pronto la justicia declarará la responsabilidad de los procesados y en que estos confesarán cómo sucedió todo. Pero esa ilusión se hace trizas el 4 de marzo cuando el Juzgado Penal del Circuito de Calarcá, si bien admite que hubo el retén, que Isaac estuvo en el momento y lugar y que, sin duda, fue en esas circunstancias que se le vio por última vez con vida, le da más credibilidad a los argumentos y pruebas de la defensa. En consecuencia, los absuelve y ordena la libertad de los detenidos.

Este baldado de agua fría hunde a la familia Galeano Arango en la desesperanza y crecen los llamados a la resignación y a dejar así. Heroína no decae en su ánimo, ni siquiera al saber que no prosperará la apelación presentada por sus abogados. Dice a sus parientes que todavía existe el último recurso ante la Corte Suprema de Justicia y que sus representantes están en eso.

En una de las muchas ocasiones en las que discute la situación con sus hermanos, deja en claro que con ella no van las medias tintas ni mucho menos el abandono del juego:

—En juego largo hay desquite —dice con énfasis utilizando uno de los dichos populares que suele introducir en sus diálogos—. Tenemos que seguir en esto, así me toque litigar ante la corte celestial. Ahora no es solamente por

Isaac, es un tema de dignidad de toda la familia. También tiene que ver con la memoria de mamá, que se fue de este mundo sin saber la suerte de él, sin poder hacerle un entierro ni nada, y hasta con el recuerdo de Blanca.

Enseguida les explica que, siendo muy importante que se condene a los responsables, lo decisivo sigue siendo que aparezca el hermano, vivo o muerto, que se sepa la verdad y que el Estado responda. Agrega que a eso siguen dedicados los abogados que la asisten y que tanto la demanda ante la justicia que tiene que ver con lo administrativo, como la internacional, siguen marchando.

—Amanecerá y veremos, dijo el ciego —replica Claudino, uno de los hermanos que no quiere quedarse atrás de la líder en materia de refranes.

Y, en efecto, amaneció y vieron, cinco años después, cómo el Consejo de Estado, máxima autoridad de la justicia de lo contencioso-administrativo, revoca la sentencia del Tribunal Administrativo del Quindío que había negado la demanda de la familia que pedía la declaratoria de responsabilidad del Estado por la desaparición y la consiguiente condena de perjuicios.

En su decisión, el alto tribunal declara responsable a la Nación, al Ministerio de Defensa y a la Policía Nacional por la desaparición forzada de Isaac Galeano y ordena pagar indemnización a sus familiares, entre otras medidas de reparación como la realización de un reconocimiento público de responsabilidad en un acto conmemorativo en el que la ofrezca disculpas, y la instalación de una placa de bronce en el último lugar en el que fue visto Isaac con un texto en el que se relate cómo sucedieron los hechos, se mencione expresamente la responsabilidad de la Policía y se exprese el compromiso de la institución de no volver a cometer hechos como ese.

Reunida la familia para recibir la noticia, no sale del asombro al escuchar las palabras que, con el tartamudeo producido por la emoción, la solemnidad de algunos términos y la poca costumbre, parece recitarles la hermana mayor:

“[...] No se hallan pruebas por las cuales se acredite que la desaparición del señor Isaac Galeano Arango ocurrió como consecuencia de un ajuste de cuentas de sus cómplices, al contrario, tal como se señala por la Fiscalía en la resolución, los miembros de la banda de extorsionistas se encontraban detenidos o huyendo de las autoridades, de manera que no era factible que se tratara de una venganza personal, de la que no se probó ningún supuesto. Tampoco se aportó prueba alguna por la que se acreditara que el mencionado fue aprehendido por otras personas o que se le haya

visto en circunstancias distintas a las narradas por los testigos... Pretendió la parte demandada restar relevancia a la denuncia de los demandantes indicando que esta fue tardía con relación a la fecha de la desaparición, sin embargo esta actitud encuentra plena justificación, si se tiene en cuenta que desde un primer momento fueron las autoridades las señaladas de desaparecer al señor Isaac Galeano Arango. Ante este escenario, es lógico que las personas no sepan a quien acudir, pues es precisamente el Estado, garante de sus derechos, quien se muestra como el infractor, dejando desprotegidos a los ciudadanos ante sus reclamos de protección. De modo distinto, la actitud de la institución, por la que determinó no participar en la búsqueda del señor Isaac, además de mostrarse sospechosa, choca con la actuación desplegada por el agente Pedro José Barreto Pedreros que, por iniciativa propia y prevalido de autoridad, es decir, sin que le fuera asignada esa misión de trabajo, pero en ejercicio de una función pública, acudió a la zona en la que ocurrieron los hechos a recaudar material probatorio. Aunado a esto, en el desarrollo de la audiencia de fallo, la parte civil dejó constancia de la actitud de los procesados, quienes tomaron fotos a los familiares del desaparecido, circunstancia a todas luces intimidante, causante de miedo, revictimizante e inaceptable”.

—¿Cómo le quedaría el ojo al Barreto ese que quiso descalificar al testigo John Jairo por haber visto a distancia de veinte metros a Isaac en la camioneta de la SIJÍN, burlándose dizque del ojo biónico de ese declarante? Esto deja muy claro que es verdad lo que siempre denunciemos y que los campesinos podemos ver muy bien hasta de lejos —dice el gorrión lector tomando un respiro y apurando un trago de agua.

—El ojo debe haberle quedado morado, pero en un cuerpo libre, porque esa gente salió de la cárcel y la justicia responsabiliza a la entidad y no a ellos —comenta Claudino con amargura.

—No siempre se gana todo. Lo importante es que se reconoce que fue la Policía y se ordena una compensación, además de económica, moral con la placa y las disculpas que deben pedir. Fíjense que también dice que esas disculpas se darán si nosotros como afectados damos el consentimiento. O sea que por fin nos tuvieron en cuenta y nos tratan con respeto. Eso del consentimiento en las disculpas es lo que tenemos que decidir nosotros que somos demandantes. Pero déjenme les leo otro poquito de lo que dice el Consejo de Estado porque esto está muy sabroso —responde Heroína y entona así:

“[...] La desaparición del señor Isaac Galeano Arango es imputable a la administración pues los indicios y demás pruebas recaudadas así lo demuestran. Ello, en cuanto los agentes de la SIJÍN estuvieron ejerciendo control en el último lugar al que la víctima se dirigía y en donde, en efecto, fue visto por última vez, aunado a que los testigos que lo vieron bajo la custodia de las autoridades son contestes y describen de la misma manera la forma y condiciones de la aprehensión”.

En medio de gran regocijo, acuerdan dar su consentimiento a las disculpas pero aclarando que no es perdón y que siguen exigiendo verdad total y, sobre todo, que aparezca el cuerpo para darle el último adiós.

—No quiero ser aguafiestas, pero sí me sigue mortificando la inquietud de por qué le hicieron eso los tipos a nuestro hermano, si el hombre trabajaba en torcidos con ellos —dijo Claudino en voz baja, apenas audible, como si le apenara tocar un tema prohibido.

—Hum... Es verdad que es un punto maluco para nosotros y que en casa del ahorcado no se nombra la sogá. Pero no es un secreto que el hombre andaba en malos pasos y se le advirtió. Ya le dije a un fiscal que no era ningún angelito, pero el punto no es ese, el tema es que si hizo algo malo es la justicia la que debía definirlo y no esos miserables desapareciéndolo. Yo sospecho que lo hicieron porque, como se dice, sabía demasiado y en algún momento, para salvarse, podía delatarlos y decir que trabajaba por orden de ellos. O tal vez ya estaba de rueda suelta o muy quemado y les convenía deshacerse de él —dijo Heroína de forma tan tajante que todos entendieron que era mejor no seguir removiendo esa parte del asunto.

AL DESPERTAR, LA CAMISA TODAVÍA ESTABA AHÍ

Un día más en la vida de Heroína. Al despertar siente la carga abrumadora de la cruzada por justicia y verdad en la que está empeñada desde hace dos décadas. El peso de los años que se le han venido encima, y de manera más notoria desde el 2000, se hace sentir cada vez más fuerte en las mañanas.

Hoy, 2020, séptimo día del último mes del año y meses después de la reconfortante sentencia, al ver que por dilación de la Policía y por maniobras de los acusados que presentaron una acción de tutela contra el último fallo no pudo hacerse la ceremonia de disculpas como se había ordenado, un sabor amargo se apodera de ella. Como cada día, antes de empezar su rutina, mira la camisa de Isaac instalada en una percha que tiene la forma de los atriles en los que se instala un libro sagrado, mitiga un tanto la visión negativa que se estaba apoderando de su ánimo y deja que en su mente vuelen estas reflexiones:

“Sé que la justicia es algo complicado, pero sigo sin entender que para una parte esa gente sea culpable y para la otra no. Tampoco entiendo cómo es que si un juzgado dice que Isaac fue muerto dos días después de que lo desaparecieron y que el cuerpo es el que encontraron once años después, todavía no lo identifiquen totalmente y no nos lo entreguen. Hace poco los de la Fiscalía estuvieron en el cementerio de Zarzal, pero

en vez de sacar el cuerpo solamente tomaron unos planos y se fueron. Sí, faltan otros exámenes y todo eso, pero son los restos hallados en el sitio que dijo la culebra y está en un cementerio, que es algo que también maneja el Gobierno. La muerte de Isaac me duele, pero puedo aceptarla porque todos nos vamos a morir algún día. Lo que más me duele es la impunidad, que esa gente que lo mató esté tan tranquila y que los del Estado no hayan podido resolver el caso en tanto tiempo. Esta lucha ha servido, porque si así peleando no se ha conseguido todo lo que se buscaba, qué tal si no nos hubiéramos movido. Además, gracias a este caso se destaparon muchísimos otros de desapariciones y, lo más importante, que como ese grupo de policías fue trasladado, tal vez para calmar un poco las cosas, ya no se ve eso tan horrible que venía sucediendo en la zona.

Estoy muy cansada, pero en ningún momento dejaré de insistir en la verdad y justicia ni en la aparición de mi hermano, así sean los meros huesos. Si mi testimonio sirve para que otras personas y familias que pasan por situaciones parecidas no se callen, todo esto habrá tenido algún sentido. Confío en que con la ayuda de Dios resplandezca la luz de la verdad y que se haga justicia no solo con Isaac, sino con tantas otras personas que siguen vagando en las tinieblas de la desaparición”.

El eco de estas palabras, unido a una suave brisa que entra por la ventana, agita levemente las mangas de la camisa, que parece esperar a su dueño con la esperanza de que muy pronto regrese de las sombras de noche y niebla a las que fue condenado y pueda por fin descansar en paz.



EPÍLOGO

El aniversario número veinte de la separación de Isaac y su camisa se dio en el marco del gran cierre decretado a nivel mundial con ocasión de la pandemia del covid-19. Desde marzo de ese año el planeta entró en una pausa histórica, paralizado por el terror de la peste que recorría al mundo. Las actividades se redujeron a lo estrictamente básico mientras la mayoría de la gente esperaba encerrada el desenlace de un drama que aún hoy no tiene claro su origen ni el manejo que se le dio. Los datos sobre miles de muertos a lo largo y ancho de la tierra, adobados con crueles imágenes de cuerpos sin recoger de personas fulminadas por el virus en las calles de algunas ciudades, exacerbaban el clima de pánico e incertidumbre. Los centros poblados, normalmente bullentes de ruido y actividad, fueron ciudades fantasmas en las que algunas veces los animales salvajes rompieron la soledad aturdidora, como averiguando qué había pasado con los normalmente activos e intrusivos vecinos humanos.

El gorrión, también confinado junto a sus parientes más inmediatos, vio en vilo no solamente su futuro sino también el presente y el modesto modus vivendi. La conversión de su casa en un jardín infantil informal, en el que media docena de niños del barrio eran cuidados por ella en el día mientras sus madres trabajaban fuera de los hogares, terminó

de un momento a otro y la posibilidad de un ingreso regular se esfumó. Todo el núcleo entró en modo supervivencia y se pensaba que ese imperativo desplazaría el interés por la búsqueda de Isaac. Solo fue así en los primeros meses, porque poco a poco reapareció con mayor fuerza la necesidad de no abandonar la misión de su vida. Superado el impacto del encierro y aprovechando la relativa flexibilización que permitió al menos algunos desplazamientos, nuevos contactos con la abogada Dora Lucy y gestiones vía internet con la Fiscalía facilitaron una nueva visita al camposanto de Zarzal. La jurista insistió en la necesidad de otra inspección a la fosa común, esta vez en compañía de antropólogos forenses.

Nuevamente la persistencia de Heroína, que recalcó en datos precisos del cráneo, obtenidos en sus incesantes averiguaciones, tales como la perforación por impactos de bala y la falta de algunas piezas dentales, logró que se tomara esa parte del cuerpo junto con algunos fragmentos óseos y se llevaran para su análisis y estudios más profundos.

Así se logró confirmar la identificación plena y fehaciente de los despojos mortales, que le fueron entregados a la familia.

Heroína y sus hermanos los recibieron en compañía de Dora Lucy de manos de la Fiscalía en una ceremonia discreta, caracterizada por el sabor agrídulce de tener certeza de los hechos y, por fin, a su hermano, para darle una despedida digna.

Quedaba pendiente la ceremonia de perdón ordenada por el Consejo de Estado, que se postergaba cada vez más con una u otra excusa. El cambio en la conducción se dio luego de la emisión de las recomendaciones del Informe de Fondo de la CIDH, con base en la petición presentada inicialmente por la propia Heroína con la ayuda del abogado Manuel, su ángel en la Defensoría del Pueblo, y luego acompañada por los y las integrantes de CAJAR, que cursaba en el Sistema Interamericano de Derechos Humanos. Además de aceptar que la desaparición y muerte de Isaac Galeano Arango fue causada por elementos de la Policía Nacional, el Estado, representado por la Agencia de Defensa Jurídica, admitió la responsabilidad por no haber esclarecido el crimen durante más de veinte años. Así mismo, reconoció una compensación económica y, como parte de la reparación integral, pedir perdón a los parientes de la víctima y tener la presente obra como parte de dicha reparación.

Luego de una concertación entre el Estado y sus representantes, se efectuó la ceremonia de aceptación de la responsabilidad del Estado y solicitud

de perdón en la Plaza de Bolívar de Calarcá el 30 de noviembre de 2024. En la soleada mañana de ese día todo era expectación entre los Galeano Arango que acudieron ataviados para la ocasión. La tarima fue adornada por fotos de Isaac y por la infaltable camisa que, por fin, de alguna manera se reunía con su dueño. La abogada Mabel Adriana Casas Caro, quien llevó la representación del Estado en el pleito internacional, hizo de presentadora y dio el saludo a la asistencia, recalcando la importancia del papel de Heroína en todo el largo proceso de búsqueda de verdad y justicia en un caso que nunca debió haber ocurrido. Saludó también la presencia del autor de estas líneas y enfatizó la importancia de llevar a las letras episodios como el aquí narrado, como una forma de luchar contra el olvido y una catarsis de toda la sociedad que necesita justicia, paz y reconciliación para pasar la página de la violencia que ha enlutado a tantas familias en el país.

Las sencillas pero emotivas y profundas palabras de Heroína y de Lisímaco recordaron a la concurrencia todo el drama de la desaparición y la marca indeleble que dejó en el entorno familiar de la víctima. A la vez que reconocían la importancia del Informe de Fondo de la CIDH y del reconocimiento de la responsabilidad por parte del gobierno, reclamaron por la ausencia de funcionarios de nivel ministerial y de los propios autores materiales y expresaron que si bien la justicia no es completa, sí se dio un paso que satisface y repara parcialmente lo que por definición es irreparable. Por su parte, el CAJAR, resaltó la persistencia familiar, su implacable exigencia de verdad, y esa tenacidad para rechazar la injusticia levantando siempre la voz ante el ensordecedor silencio institucional.

Finalmente, el doctor César Palomino Cortés, director de la Agencia Nacional de Defensa Jurídica del Estado, ratificó el saludo de Mabel a Heroína y a toda la familia. Agregó que le parecía estar viviendo un capítulo de La camisa de Isaac, por la forma en la que se recoge la historia de la lucha de una mujer admirable. Con la seriedad y solemnidad que reclamaba el momento, proclamó el reconocimiento de la responsabilidad del Estado, pidió perdón a la familia y a la sociedad colombiana y le hizo entrega a Heroína de una estructura de cristal en forma de camisa que ella recibió conmovida hasta las lágrimas.

Así concluyó el último capítulo de la saga del gorrión que ha logrado un lugar en la historia de un país atribulado por el horror, la injusticia y la impunidad, pero también iluminado por la lucha de las víctimas y sus representantes por la paz y la justicia.



MiCASA es un banco de pensamiento en el que se sientan a meditar los sabios chamanes.
MiCASA es un oso hormiguero glotón. MiCASA es un atril para leer cualquier libro.
MiCASA es tu casa y la suya y la nuestra. MiCASA es el lugar en donde caben las historias,
relatos y memorias de todo un país.

MiCASA es el sello editorial del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes.

La camisa de Isaac se terminó en noviembre de 2025 y hace parte de la apuesta
del Gobierno del Cambio por la paz y reconciliación del país.

Para su elaboración se usó el tipo Tejuela.

La impresión de esta publicación fue realizada por la Imprenta Nacional de Colombia utilizando tintas formuladas con base en aceite de soya, consideradas más respetuosas con el medio ambiente. Los papeles utilizados están fabricados a partir de fibras alternativas (no maderables), como el bagazo de caña de azúcar, los cuales son biodegradables, reciclables, inodoros e inoocuos. Además, se emplearon planchas para la impresión offset destacadas por su capacidad para reducir el consumo de agua y productos químicos durante el proceso. Estas decisiones reflejan el firme compromiso de la Imprenta Nacional con la adopción de prácticas responsables y ecológicas en la industria de la impresión en Colombia, contribuyendo activamente a la preservación del medio ambiente.



www.imprenta.gov.co
PBX (0571) 457 80 00
Carrera 66 No. 24-09
Bogotá, D. C., Colombia

“Fue entonces, como a los porrazos,
de una forma que ni yo misma me explico,
que resulté encargada por el destino,
Dios o la vida, de estar en esta lucha
por encontrar a Isaac, saber qué le pasó
y quiénes fueron los culpables”.

Heroína Galeano Arango

